

*La Perdimos
en la Ciudad*

*La Perdimos
en la Ciudad*

JOSE MONTERROSA

www.josembooks.com

Título original: *La perdimos en la Ciudad*.

Autor: Jose Monterrosa.

Primera edición, Abril de 2017.

Portada, diseño y diagramación por el autor.

E-mail: josembooks@icloud.com

© De la canción *Should I Stay or Should I Go*, escrita por

Mick Jones. Producida por Glyn Johns.

Realizada bajo el sello de CBS Records, 1982.

Todos los derechos reservados.

© De la canción *Two Fingers*, escrita por

Iain Archer & Jake Bugg. Producida por Mike Crossey.

Realizada bajo el sello de Mercury Records, 2012.

Todos los derechos reservados.

© De la canción *Somebody to Love Me*, escrita por

Anthony Rossomando, Andrew Wyatt, Mark Ronson, Cathy Dennis,

Alex Greenwald, Jason Sellards, Keinan Warsame & Nick Movshon.

Producida por Mark Ronson. Realizada bajo el sello de Columbia, 2010.

Todos los derechos reservados.

© De la canción *Wishin' and Hopin'*, escrita por

Burt Bacharach, Hal David. Versión de Nancy Sinatra.

Producida por Lee Hazlewood.

Realizada bajo el sello de Reprise Records, 1966.

Todos los derechos reservados.

© De la canción *Sinnerman*, escrita por

Will Holt & Les Baxter. Versión de Nina Simone

Producida por Hal Mooney. Realizada bajo el sello de Philips, 1965.

Todos los derechos reservados.

Impreso y encuadernado en:

Bogotá-Colombia, 2017.

Reservados todos los derechos. La reproducción total o parcial, edición, copia, ejecución pública, radiodifusión y/o distribución de esta obra, no autorizadas previamente por su autor están prohibidas por las leyes de los derechos de autor.

*A mi mamá,
y Mazzilli, el amigo de tantos soles.*

AGRADECIMIENTOS

Aprovecho también este espacio, para agradecer a todas las personas que me apoyaron y alentaron con la escritura y publicación de éste libro. En especial a Andrés Mazzilli, Eduardo López y Daniel Cuellar, los amigos de siempre. A Dani, con quien he tenido largas y fructíferas conversaciones, a Angie García por las *igood vibes!* y Geimily Torres, por las opiniones compartidas y por tu sagrado tiempo para leerme.

A mi familia, y en especial a Juli por enseñarme *Two Fingers*, significó mucho para mí en estos últimos cuatro años, que te sea una sorpresa.

Y por último, no por ser menos importante sino por ser especial, quiero agradecerte a ti enormemente por haber comprado este libro. ¡Bienvenidos sean todos *los ciudadanos!*

Jose Monterrosa

ÍNDICE

Tony, Pt. I.....	13
Lepidóptera.....	17
Tony, Pt. II.....	19
El Inicio.....	25
Tony, Pt. III.....	33
Todos nos olvidaremos, algún día.....	37
Tony, Pt. IV.....	43
Tony, Pt. V.....	47
La Playa.....	49
Tony, Pt. VI.....	65
Animales.....	73
Tony, Pt. VII.....	89
Amanecer.....	91
Tony, Pt. VIII.....	109
El Maizal, Pt. I.....	111
El Maizal, Pt. II.....	121
Lepidóptera, Pt. II.....	127
Tony, Pt. IX.....	131
Zurumbático.....	133
Tony, Pt. X.....	137
Juntos.....	143
Azul, Azul.....	151
Tony, Pt. XI.....	153
Oriana.....	159
Karen.....	173
El Maizal, Pt. Final.....	181
Tony, Pt. XII.....	187
FIN.....	199
Tony, Pt. XIII.....	201
Ella, Pt. I.....	205

1

TONY, PT. I

6:45 a.m., 24 de septiembre – 2029

Aquella mañana había amanecido fría y con una lluvia que parecía a primera vista, interminable. Tenía los ojos cansados, irritados y la boca quemada. Supuse que de tantos cigarros que había fumado la noche anterior, en la cual evité dormir y me desvelé esperando al menos una llamada de la policía, más no de ella. Abrí la ventana de mi habitación, un aire viejo la atravesó y pareció dividirla en dos: por una parte, se sintió seco, artificial y tan difícil de respirar, por el otro, duro y nostálgico como si me hubieran arrancado alguna parte del pecho.

Un esbozo más me indicaba que debía desayunar. Llegué a la cocina, abrí el refrigerador y escuché el silencio, ya había escampado. Fui hasta la puerta, noté que el paraguas de Aswimi estaba en el perchero pero lo ignoré y salí a la calle. En mi interior sentía que alguien me susurraba, tenía una extraña necesidad de salir a buscarla.

Caminando varias calles arriba, pensaba en un lugar donde podría desayunar tranquilo, un lugar donde podría estar en paz, pero la ciudad se sentía extraña esa mañana. Miré varias veces al horrible cielo grisáceo, me cayeron pequeñas gotas de lluvia fresca en el rostro y creí por un momento que eran las lágrimas de alguna persona, pero terroríficamente heladas.

Al poco rato me detuve en un andén a observar un lugar, era una panadería vieja que reflejaba oscuridad y claridad, ambas cosas a la vez. La curiosidad vino a mí como una explosión al corazón.

Me detuve nuevamente, quería entrar, sentía que podía morir si no lo hacía, así que lo decidí.

En el despacho del lugar vi a un hombre viejo, de lejos se le notaba lo cansado, lo tosco, lo grotesco, de cabello rubio pálido pero muy escaso y con una barba blanca de días, portaba un delantal amarillo sucio de harina blanca, le pregunté cómo estaba, me miró con asombro, arrugó el rostro y decidió no responderme.

Confuso, le pedí que me vendiera un sándwich y un café. Sin pensarlo me ubiqué en una mesa de la terraza a esperar, pensé por un rato en lo triste que se veía el lugar y en lo incómodo que me sentía de estar ahí,

pero a pesar de todo, conservaba una mínima y extraña sensación de paz.

No pasado un minuto, una sombra me hizo sobresaltar del asiento de madera, era el hombre quien traía el pedido en una bandeja, vi su rostro y entre tantas arrugas se me hizo familiar. Cerró los ojos y con un gesto lleno de parsimonia rodó la silla a mi lado y se sentó. El pulso se me aceleró.

Seguía lloviendo muy suave pero tronaba sin cesar, agarré el vaso del café sobre la mesa y con la mirada fija hacia al frente, pensé nervioso en por qué este hombre se había sentado a mi lado.

—Te veo muy intranquilo hoy—admitió acompañado de una tos seca—, ¿Acabaremos finalmente con todo esto?

Volteé a mirarlo y el corazón me empezó a martillar el pecho. Estaba confundido, no lograba entender a qué se refería con «todo esto» porque ni siquiera lo conocía, pero ya me empezaba a producir desconfianza.

—¿Quién es usted?—le pregunté.

2

LEPIDÓPTERA, PT. I

5:55 a.m., 24 de septiembre – 2028

Afuera todo estaba sucio, asquerosamente sucio y cada partícula que se respiraba en el ambiente se sentía asfixiante. Yo aún respiraba la esperanza de un verano tranquilo y diferente a cualquier otro, pero todo estaba de cabeza; Aswimi estaba desaparecida.

Anoki y yo veníamos de buscarla en la playa, caminábamos a pies descalzos y estábamos tan sucios como si nos hubieran revolcado en un lodo. Habíamos salido de un maizal con la esperanza de encontrarla, pero no vimos ni un alma en aquella grisácea oscuridad.

Desde el mirador de La Ciudad se veía venir el amanecer, sin sol. Anoki se le notaba lo cansada que estaba, su cabello negro que le llegaba hasta los hombros estaba desgastado y sucio. Ella continuaba caminando mientras se mordía el labio inferior, tenía tanto miedo que no le paraban de temblar las manos.

—¿Me puedes decir qué te pasa?—le pregunté preocupado y con el ceño fruncido.

—Me pediste que no te dijera nada—Anoki respondió con la voz quebrada.

—Lo siento—admití y guardé silencio por un momento, en realidad me sentí mal por ella—. Sé que estás pensando que Aswimi no va a regresar, tal vez tengas razón y finalmente se cansó de todo esto.

Luego de eso, hubo un silencio inquietante.

—Yo también lo siento—finalizó.

— *“El Escritor”*

3

TONY, PT. II

6:55 a.m., 24 de septiembre – 2029

Alguna vez creí haber escuchado que era imposible borrar un recuerdo, sin embargo, a veces lo imposible se vuelve tan posible sin haberlo pedido. Existían días en los que se me imposibilitaba pensar en Dios, pero pensar y olvidar, son obviamente dos cosas diferentes. Cuando me olvido de él o de cosas, es como si me olvidara de «algo» que está en mi cabeza, de una nube que sé que existe, que está allí y que pretendo recordar pero simplemente no puedo.

La mayoría de mis momentos se reúnen en capas, una sobre otra, y es como si poco a poco esas nuevas capas fueran suprimiendo a las más antiguas, y tal vez por eso no podía recordar con facilidad momentos concretos de mi vida, y eso a veces me hacía sentir extraño, en ocasiones me sentía tan libre y al mismo tiempo tan oprimido, en otras me sentía triste, como si todo me hiciera daño y me destruyera lentamente.

Para ser sincero, La Ciudad no me gusta. Cuando camino por sus calles, parezco ser invisible, siento no encajar. Los bares, los puentes, los olores, su porquería transparente... Todas esas cosas me hacen ser parte de lo que no existe en ella.

Creo que el sentirse invisible es un efecto del olvido, puede que alguna vez haya sido alguien muy notable y ahora no pudiera recordarlo, o más bien aún sigo siendo una nube que ya nadie quiere ni puede recordar, tal vez sea eso.

Seguíamos sentados frente a frente, el viejo panadero no quiso responder a mi pregunta si no guardó silencio por un buen rato, y luego se atrevió a preguntarme con una sonrisita estúpida «¿No vas a decir nada?». Y en realidad, me causó gracia cuando lo dijo, pero luego me fastidié.

—No—finalmente contesté. Me sentía extraño, un poco molesto, yo quería un momento de tranquilidad y había terminado en la panadería de un viejo loco. Sinceramente, me dieron ganas de echarle el café encima.

—¿Y cómo está Aswimi?—preguntó.

—Bien—dije inconscientemente, pero al rato se me revolcaba la cabeza pensando «¿de dónde la conoce?».

—Me alegra mucho... No quisiera dañarte el café de hoy, pero debemos terminar lo que empezamos hace un año—dijo—. Ayer saliste enfurecido de aquí y me derramaste el café encima.

—¿Yo?—pregunté.

—Sí, Tony. Las cosas van a salir bien, ya te he...

—No logro recordar haber hecho eso—le interrumpí—. En realidad, me pasa muy seguido que no logre recordar muchas cosas, pero en estos momentos lo único que recuerdo de hace cinco minutos, es que usted está loco.

—Tony...—de repente, esbozó una amplia sonrisa y carcajeó tan fuerte que, una mujer que iba por la calle con un paraguas rojo, se volteó a mirarnos—¡Mira qué cosas dices!

Me levanté del lugar y lo miré con repudio.

—Siéntate y hablemos—pidió—. Pero primero dime qué hora es...

Eran las 6:55 a.m. según recuerdo.

—Dime qué hora es... —insistió.

—6 y 55.

—Mmm... acabas de salir para buscar a Aswimi, ¿cierto?—preguntó con gracia.

Negué con la cabeza.

—Antes de irte... —dijo, mientras yo intentaba comprender por qué él conocía a Aswimi, estaba a punto de salir volado de allí—Quiero que leas esto...

El viejo señalaba con su dedo índice unos tachones en un cuaderno de hojas curtidas que tenía sobre la mesa.

—Escucha Tony, acércate y observa—pidió llamándome con la palma de la mano hacia abajo y moviendo los dedos—. Quiero que me digas si puedes recordar cuando escribimos esto...

Me acerqué a donde él quería, me encontraba asustado, hacía mucho frío y el día seguía oscuro porque el sol llevaba un año que no se asomaba por la ciudad. Tuve que observar mucho más de cerca el espacio que me había señalado, donde a duras penas alcanzaba a leerse «*Lepidóptera, Pt. I*».

—¿Qué es esto?—pregunté.

—Mmm...—con esa pausa que hizo mientras revolvía algo en su boca, supe que no sabía de qué manera decirme lo que vendría a continuación—, son mis escritos. Se trata de una novela que tú y yo empezamos a escribir hace algún tiempo, pero ahora quiero finalizarla y no he podido. Hoy, me quedan pequeños fragmentos de esa historia porque “El Escritor” me robó el borrador

original. Sin embargo, sé cómo reconstruirla, pero quiero saber si estarías dispuesto a ayudarme y decirme que pasó luego del final que le diste, porque, a decir verdad, no estoy conforme.

—No logro comprender nada aún...—negué y lo observé con temor, me tenía confundido y nervioso, el clima no ayudaba de mucho y hacía que todo fuera aún más espeluznante—. ¿Yo le he contado una novela a usted?

—No sé cómo explicarte todo, es un poco complicado y, además, tú deberías saberlo porque aceptaste publicar esta historia—me miró fijamente a los ojos—, no entiendo qué fue lo que te pasó.

—Nada viejo. Si es complicado, yo debería irme y fingir que esto no pasó.

—¡No puedes irte otra vez!—sonó desesperado, pegó un golpazo en la mesa con el puño derecho e inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar?

Me sentí mal por él, pero sentía también que no necesitaba saber nada de eso, que no me nacía escucharlo más.

—Lo siento, debo irme—dije desesperado, alejándome de aquella mesa.

—¿La irás a buscar otra vez?—preguntó el viejo sollozando. Por un instante, me detuve y lo miré enfurecido.

—Solo espero que tengas suerte y no te pierdas en la maldita ciudad tú también—dijo levantándose del asiento.

—¡Coma mierda!

4

EL INICIO

Debo admitir que todo era mucho mejor antes de ella. En la casa vivíamos cinco personas para ese entonces: dos mujeres y tres hombres, incluyéndome.

Yo nunca supe que fue de mis padres sinceramente, solo estaba enterado de que había sido adoptado por una mujer llamada Eva, quién también me abandonó tiempo después, casi no comía y había días en los que la pobre no podía ni recordar mi nombre. Yo la quería por supuesto, porque no cualquiera se convierte en una madre de la noche a la mañana y te cuida durante años, pero también me abandonó al igual que todos.

La última vez que la vi, fue tal vez un martes, de septiembre, de 2027, me dijo que iría a una droguería para conseguirme un medicamento porque yo llevaba dos días con fiebre y dolor en todas partes, así que antes de irse me dio un beso en la frente y juró volver para curarme, yo esperé y esperé, pero ella jamás volvió.

Un año después, pude conseguirme un trabajo en un bar. Empecé limpiando mesas, y terminé limpiando mierda en los baños. Fueron mis años favoritos en realidad, era desagradable estar en esa situación por supuesto, pero conocí a Karen en los tiempos en los que *Foster The People* se escuchaba en todos lados, o tal vez se escuchaba solamente en ese club. Karen se vino a vivir a casa conmigo y cuando se lo propuse, no lo pensó ni dos veces. Estaba pasándola peor que yo.

Compartiendo la casa, no nos fue mal, luego llevé más personas a cambio de ayuda mutua. En verdad fue una locura porque por un tiempo vivieron hasta veinte personas y todos dormían allí, unos encima de otros, pero bueno, ese caos duró poco tiempo, porque muchos lograron salir de ese hueco y se fueron a otro lugar mejor pero lastimosamente, no todos.

En la casa se quedó hospedada una asiática llamada Anoki, Karen, un colombiano, y un tal Charlie que no tenía idea de donde había salido, y Karen por supuesto, la pobre por esos días andaba fumada todo el tiempo y perdida del «mundo cruel» del que tanto hablaba que ni sabía dónde estaba parada. Para ser sincero: los cinco vivíamos bien. Hubo momentos en los

que ninguno tenía para cenar porque nadie había logrado conseguir algo de dinero para comer y solo nos quedaba por encerrarnos en alguna de las habitaciones a hablar y acurrucarnos como unos cachorros sin madre, y este tipo de encierros sucedían muy frecuentes, porque en el vecindario se iba la luz a cada rato y era lo primero que hacíamos.

La última de todos en llegar a la casa, fue Aswimi. Era muy extraña, al principio se sentía una paz estar con ella porque era divertida, misteriosa, reservada tal vez en sus cosas y perfecta cuando quería, pero en últimas, hubo un cambio en su esencia que no supe nunca cómo explicármelo; ya no era tan equilibrada, parecía sufrir de algo, quizá de ansiedad, depresión y se había convertido en una persona aislada e incapaz de fijar la atención en alguien. Parecía que algo la estaba consumiendo poco a poco.

Una tarde, estábamos todos en la casa reunidos en la habitación de Karen porque planeábamos salir a la calle un rato y, solo faltaba que ella llegara para saber si tenía un plan diferente que proponer... Ella era de planes muy buenos y salía con cosas muy raras. Cuando empecé a buscarla por la casa, la encontré escondida dentro de los cajones de la cocina, parecía temer de algo.

La vi y me sorprendí mucho, estaba ahogando sus penas en susurros mientras lloraba. Cuando la toqué, estaba helada y supe que había durado horas en ese lugar. Lo menos que podía hacer era sacarla de allí y llevarla a su habitación, eso hice, pero no la volvimos a ver después de dos días.

Aswimi siempre fue «un pequeño mundo», pero un mundo extraño. Ella no llegó al apartamento porque quiso. La primera vez que la vi fue en una fiesta en la estancia de un primo, eran las 5:00 a.m., todos estaban amanecidos, y había empezado a llover cuando se armó una riña entre dos bandos con botellas que volaban de un lado al otro y tuvimos que salir corriendo.

A Karen se le dobló el tobillo cuando una de sus plataformas se le estropeó mientras corría y Anoki se regresó a ayudarla, más atrás la siguió Matías para ver en que podría ayudar. Yo seguí corriendo junto a Charlie, pero se desapareció de un momento a otro y me quedé solo.

Mi objetivo era llegar al auto y esperar a los demás, pero al llegar, me crucé con ella. Tenía el cabello teñido, de rosa pálido. Me puse a mirarla con detenimiento y me enfurecí, porque la vi justo en el momento en el que estaba intentando robarme el carro.

Me acerqué un poco más y se volvió rápidamente hacia mí. Me observaba con un brillo en los ojos como si quisiera partirme en dos, aquella mirada parecía apuñalarme el alma y más me enfurecía. De repente, se apartó ligeramente del auto y enojada empezó a darle patadas.

—¡Hey!—le grité mientras me dirigía hacia ella—. ¿Me vas a dañar el puto carro en la cara?

El asombro fue inmediato. Abrió enormemente sus ojos y se dirigió sulfurada hacia mí.

—¡Abre!—dijo.

—¡¿Qué?!

—¡Abre!—insistió.

—¡No!—le grité y me maldijo golpeándome en el pecho con un puñetazo.

Inmediatamente reaccioné apretándola fuerte por los brazos para detenerla y pedirle que se calmara, pero me escupió a los ojos. La apreté un poco más, pero cuando la solté, se desmoronó inmediatamente como un castillo de naipes hacia el pavimento y sentí, que el mundo se me iba con ella.

Desde el parqueadero se escuchaba el estruendo de cada botella que impactaba contra el piso entre ambos grupos. Desde allí, se lograba ver cómo volaban de

un lugar a otro e incluso por encima nuestro, porque varios de los tiradores se resguardaron en los autos de alrededor, se levantaban, lanzaban y luego se escondían de nuevo. Por desgracia, una de esas botellas había alcanzado a impactar a Aswimi en la cabeza.

El otro grupo de los tiradores ahora se dirigían hacia nuestra dirección. Estábamos literalmente en la mitad de la riña. Ella sangraba, estaba casi inconsciente y no dejaba de llover. Me le acerqué, tenía miedo de romperla porque parecía muy frágil y delicada, estaba sucia pero incluso así, se notaba lo hermosa que era.

—¿Qué pasó?!—preguntó Karen inmediatamente nos vio en el piso—. ¡Vámonos, vámonos!

Anoki me sacó las llaves del bolsillo y se subió rápidamente al auto junto a Karen y Matías. Ninguno tuvo que ver con ella. Aquello se me había hecho increíble. Por mi parte, sé lo que es ser abandonado y simplemente no podía seguir y dejarla tirada en el frío de un pavimento.

Cuando una botella les impactó en el parabrisas, me gritaron que me levantara.

—¡Ella está herida Karen, maldita sea!—le grité desde afuera.

—¿Quién?! ¿Qué es lo que te pasa?!—preguntó en ese entonces saliendo del auto.

El grupo de tiradores estaba encima de nosotros y cada vez se escuchaban más vidrios rotos. Si no fuera porque quisieran irse o por miedo a que les sucediera lo mismo, Karen y los demás no se hubieran bajado a ayudarnos. Matías ese día parecía un imbécil, cuando se vio las manos llenas de sangre se puso a temblar y decidió no tocarla más, pero aun así logramos salir de aquello.

— *“El Escritor”*

5

TONY, PT. III

El temor es una sensación desagradable que nos debilita por completo. Temer es asqueroso, pero es como el amor; es real, es humano, es inevitable. Podemos temer mientras nos enamoramos profundamente de alguien, al igual que podemos amar mientras sentimos temor de nuestros errores, de nuestras decisiones, de nuestro futuro.

Enamorarse es tan duro a veces, y es tan difícil como observar un piano por primera vez y no saber cómo tocar una canción. ¿Alguna vez podremos amar sin temor? ¿Alguna vez podremos temer sin saber lo que es el amor? Nacimos para amar y nacimos para temerle a la muerte. Pero, ¿acaso nacimos preparados para cuando el amor desaparezca y solo nos quede el temor de buscar y no encontrarlo?

Buscarla entre las calles era como olvidarla en cada paso que iba dando, era muy duro recordarla y saber que estaba perdida en esa ciudad y que aunque ella

lo intentara, no sabría cómo volver a casa. Ella siempre estuvo sola, siempre quiso ser feliz por un momento y a veces ni siquiera podía hacerlo por ella misma. Hoy empiezo a dudar si le regalé esos momentos de felicidad que tanto anheló.

El frío de aquella mañana, me mantenía en calma, me recordaba cuando ella tenía el cabello azul, exactamente a los días en donde cada vez que terminaba de llover se sentaba en la terraza a mirar a lo lejos. Un día de esos, me senté a su lado y me dijo con su particular voz disfónica que quería ir a Noruega cuando fuera invierno, y yo no le entendí. Nos quedamos en silencio y esperé que dijera algo más, pero nunca volvió a mencionarlo. No logré comprenderla, porque Noruega ya no existe, desde hace muchos años.

Aswimi era muy tímida y guardaba mucho misterio en ello. Por esos días anduvo más pensativa y su nariz había adquirido una manía extraña, respiraba y se le movía como la de un conejito todo el tiempo. Yo solo la observaba y me producía risa. Un día estaba desde la habitación de Anoki observando la manera en la que ella envolvía la ropa en su closet y me vio riéndome de ella.

—¿Te estás burlando de mí?

—No lo creo...—respondí intentando no reírme más.

—Es enserio...

—¡Eyyy! ¡Ya basta!—no pudo esconder su sonrisa—. Es increíble que en esta casa no se pueda respirar en paz.

—Pero al menos te hago reír, ¿no?

Calló por un instante, luego ya no me miró más y cerró la conversación con un portazo.

Había terminado de llover, hacía frío y tronaba muy fuerte, las luces nocturnas ya estaban apagadas y los relámpagos iluminaban la oscuridad de las calles. La Ciudad parecía tener vida propia, por momentos sus lugares se «movían» de un lugar a otro y no era un tema de conversación para nadie, se hacían los locos, no salía en T.V, no había registro en los periódicos, no había absolutamente nada que explicase aquellos extraños «movimientos», ni siquiera una regla. Hasta hace algunos días la Tienda 22 estaba en frente de mi casa, llevaba hace algún tiempo cerrada y, ya no hay un solo rastro de ella.

El simple hecho de caminar en sus calles y verlas solitarias, me producía temor. Para ser sincero, le temo

a la soledad, pero le tenía mucho más miedo a La Ciudad. Honestamente, sentía que debía refugiarme y encontrar un lugar en donde poder estar a salvo, así que empecé a correr. En el ambiente, solo se respiraba un olor a humedad y a putrefacción que podía sentir cómo llegaba hasta mis entrañas, La Ciudad no podría ser más asquerosa. El tiempo no parecía avanzar y el espacio se tornaba de un color azul grisáceo, tal vez por el mal día. Las calles estaban solas y el alumbrado empezaba a espabilar con raras y largas intermitencias.

La incesante lluvia había recaído de nuevo, y el presentimiento de que venía lo peor junto con ella, había ido en aumento. Correr era lo único que me quedaba, por momentos no lograba recordar por qué estaba huyendo, ni por qué lloraba.

Anhelaba encontrar un lugar donde poder ocultarme de lo que sea que viniera. Pisé el pavimento de lo primero que noté iluminado con grandes deseos de entrar al recinto. Tuve miedo porque tenía la piel de gallina, y lo tuve mucho más, cuando pude sentir la madera de aquella puerta que rosaban mis dedos, porque al empujarla e ingresar, percibí el olor a humedad de un lugar que era totalmente inconfundible, mi casa.

6

TODOS NOS OLVIDAREMOS, ALGÚN DÍA

Cuando Aswimi salió del hospital, se quiso venir a vivir con nosotros y guardar reposo en la casa, así que le asignamos una habitación para ella sola. Pasaron algunas semanas y Aswimi ya se había mejorado de aquel golpe.

Para esos días, a Anoki le entraron las ganas de hacer algo diferente que nos incluyera a todos. En resumen, fuimos a jugar bolos al centro de La Ciudad. Aquella noche, había mucha gente por las calles, sobre todo niños, corrían de un lado a otro tal vez por el parque de diversiones que estaba cerca al salón de bolos.

Nos dividimos para un desafío en parejas, Anoki se fue con Charlie, Aswimi con Matías y Karen se quedó conmigo. El equipo Aswimi llevaba la delantera. Sinceramente, no me sorprendió que Matías tuviera una gran conexión con ella, porque él, es un caso especial. Tampoco me sorprendió ver que al rato, ya todos estaban

chocándose los cinco, porque de alguna u otra manera, ella era una más de nosotros.

No sé si eran ideas mías, pero creo que ella me empezaba a gustar. Por su manera de hablar, su forma de expresarse, se veía como una chica muy inteligente y delicada, todo en ella me atraía. La vi muy feliz esa noche que me transmitió la misma energía, hacía mucho no me sentía tan bien por alguien.

Me causaba gracia ver que se sonrojaba y se tapaba la cara cada vez que en su lanzamiento no lograba derribar un pino, y Anoki se dio cuenta de ello...

—Te la estás pasando muy bien...—dijo picaresca codeándome la costilla.

—Mmm... ¡Jajaja!

—Es linda... —admitió.

—¿Te parece?

—¡Por supuesto! —me dijo—. Creí que era una amargada... Me cae muy bien, además que me gusta su cabello, es tan...—lo pensó.

—Rosado...—concordamos al tiempo como tontos.

—¡Exacto! —exclamó—. Y eso la hace muy... no lo sé.

Miré a Anoki con los ojos entrecerrados y luego volteé a observar de nuevo el cabello de Aswimi.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —me preguntaba.

—¡Por supuesto! Dime.

—¡Les toca!—gritó Karen desde la zona de tiros.

—Pero... no aquí—me susurró preocupada y supe que necesitaba salir de algo.

Fue difícil conocer con exactitud a Anoki, porque ella hablaba por montones a veces pero nunca sobre ella, de lo que sí estuve seguro es que si algo le rondaba en la cabeza, era fácil notarlo porque no la escuchábamos hablar durante horas, incluso se perdía durante días. Luego, cuando regresaba a casa, volvía a la normalidad y eso significaba que ya alguien le había escuchado lo que la acongojaba. Eran raras veces en las que me decía que necesitaba hablar conmigo.

—Salgamos a caminar un rato—pidió.

Al principio, alejarme no me pareció buena idea por el hecho de que Aswimi estaba feliz y me hacía bien verla, y el salir del estante solo me deprimía por el hecho de vivir en una Ciudad con una energía tan triste, tan pésima.

Sin embargo, la acompañé porque eso es lo que hacen los amigos... ¿no?

—Tony, te quiero confesar algo... —dijo.

—Te escucho.

—Ya sabes que Charlie y yo llevamos saliendo hace meses...

—Mmm...—asentí con la cabeza.

—Yo quiero ser su novia, y no sé por qué no me lo ha pedido—pareció más bien preguntárselo a sí misma, y luego volteó a para verme a los ojos—¿Crees que debería proponérselo yo?

—Mmm... —pensaba qué decirle, pero no se me ocurría nada en lo absoluto.

—Bueno, no importa...—continuó—. Tú que eres hombre... ¿Crees que él va a pedirlo algún día?

Lo pensé por un instante, y la observé directamente a los ojos.

—Yo creo que sí Anoki—le dije y me sonrió con cierta timidez que me hizo sonrojar—. Solo debes ser paciente.

Le dije que debíamos regresar antes de que empezaran a preocuparse por estar ausentes, pero antes de eso me dijo algo que me puso a pensar mucho.

—Tony, ¿te puedo preguntar algo más?

—Sí, claro.

—Buscaré la forma de irme de la ciudad pronto,
Tony—admitió.

—¿Por qué? ¿Cómo así?—pregunté preocupado.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—Mmmju.

—Ese día no quería saber de mí. Pero desde hace algún tiempo, llevo pensando en que quiero buscar mis raíces... Quiero irme a mi país y saber de mi familia, y tengo miedo por Charlie...—confesó pensativa.

—¿Por qué? —pregunté—. ¡No, tú no te puedes ir y dejarme aquí, Anoki!—le hice saber.

—Tony, pero yo pienso volver... —guardó silencio un instante—. Me gusta él, me gusta La Ciudad, de hecho siento que es linda y me he acostumbrado a sus... «prum»—admitió agitando los puños para simular una vibración—. Por otro lado, te tengo a ti, ¿no?

—Sí, pero... ¿Y por qué te preocupa Charlie?—pregunté.

—Porque tengo miedo... —le tembló la voz—. ¿Tú crees que él se olvide de mi cuando yo me vaya?

—No... no lo sé, Anoki—sentí tragar entero antes de responderle—, todos nos olvidaremos, algún día.

—¿Tú crees?—preguntó.

Mientras yo balbuceaba en responderle algo, un niño se había caído justo enfrente de nosotros y se había partido la boca contra el pavimento. Intenté socorrerlo, pero una mujer apareció de la nada en vez de levantarlo del piso, lo arrastró para alejarlo, de nosotros.

—¡Oigaaa!—le gritó Anoki—. ¡¿Qué le pasa?!

—¡Nooo!—dijo la mujer llorando a gritos mientras se alejaba sosteniendo al niño por sus pequeños brazos—¡No!, ¡Noo! —repetía desesperada.

Estábamos en shock, el niño que parecía tener unos seis años aproximadamente lloraba a gritos por su piernita, mientras su madre, reflejaba una angustia indescriptible en sus ojos al verlo así. Ella luego se volteó hacia nosotros y una mirada bastó para determinar que nunca nos observó, porque sea lo que fuese a lo que le estaba huyendo con tanto horror, se encontraba detrás de nosotros.

Anoki y yo, inmediatamente nos dimos la vuelta para ver de qué se trataba, pero no había absolutamente nada. Fijamos la atención nuevamente a la mujer y a su hijo, pero la tierra pareció habérselos tragado. Lo único que podía observarse era la sangre del niño que, en el pavimento, aún seguía estando fresca.

— *“El Escritor”*

7

TONY, PT. IV

Había entrado a la casa. Sonaba *The Clash* en una de las habitaciones. Desde la puerta, había identificado el dulce y rebelde sonido de *Should I Stay or Should I Go*.

Entonces perseguí aquella música que retumbaba en mis oídos. Subí las escaleras hasta la habitación de donde supuse que provenía. Abrí la puerta y no había absolutamente nada, todo estaba vacío pero el estruendo de la canción continuaba ahora, desde otro lado de la casa.

Continué cautelosamente por el pasillo persiguiendo aquel sonido subliminal que se escapaba por las escasas ventanas abiertas, hasta que terminé en el baño de mi habitación, ¡Desde allí provenía dicho estruendo!

La puerta estaba abierta pero la cortina de baño que aún conservaba ese color verdoso pálido-terrible, estaba cerrada. Apagué la radio. Alguien parecía llevar

mucho tiempo con la llave de la tina abierta porque el lugar se había empezado a inundar.

—¿Hola?—pregunté, pero nadie contestó.

Sin esperar más, decidí abrir con rapidez la cortina y en la tina estaba ella, desnuda y sentada de espaldas. Tenía el cabello negro, desgastado y recogido en un moño compacto. Su espalda estaba llena de moretones verdes, la toqué en el hombro y se giró inmediatamente hacia mí.

—¿Aswimi?

—Hola Tony...—dijo.

—Te estuve buscando, en toda la ciudad—le dije.

—Hola Tony...—repitió.

Por un momento pensé que todo lo que había sucedido en la calle mientras la buscaba a ella y que el encuentro con aquel panadero, había sido un sueño, una ilusión, una falsedad, pero extrañamente todo el supuesto sueño se sentía mucho más real, que lo que empezaba a percibir en ese baño.

—Hola Tony...—repitió una vez más, pero me dio la espalda.

—¿Hola?—pregunté extrañado—. ¡¿Aswimi qué te pasa?!

Nuevamente se giró hacia mí y me dio miedo. Tenía la mirada perdida y parecía no haber vida en ella.

—¿Estás aquí? —preguntó.

—Sí, sí, aquí...—le dije con ganas de abrazarla, lo quise intentar, pero no pude, volvió a darme la espalda.

Cuando sus ojos se volvieron a encontrar con los míos, quise detenerla agarrándola por los brazos con mis dos manos, pero fue inútil, su cuerpo parecía tener una fuerza sobrenatural que me impidió forzarla a quedarse estática. Me dio mucho más miedo que antes, el corazón se me estremeció en el pecho y se me había cortado el aliento, me sentí agitado y extrañamente desvañado.

—¿Estás aquí? —preguntó una vez más y volvió a girarse.

—¿Estás aquí?

—¿Estás aquí?

—¿Estás aquí?

—¿Estás aquí?

Temí de ella, definitivamente no era ella, no era a quien yo estaba buscando en La Ciudad. Aquello solo me produjo un millón de escalofríos en el cuerpo, tanto le temí que me hizo retroceder dos pasos, entonces la miré por última vez, entorné mis ojos con extrañeza y

seguí retrocediendo. Cuando quise dar un último paso atrás, no supe en qué momento volví a dar de frente con la puerta de madera, aquella miserable y fría puerta del lugar que tomé como refugio.

Me alejé corriendo lo más rápido que pude y cuando quise dar la vuelta desde la acera del frente, observé que el establecimiento conservaba un gigantesco y viejo aviso alumbrado que decía: “Tienda 22”.

8

TONY, PT. V

Lo había visto desde la puerta secarse las manos con un pañuelo, como si recién hubiese terminado un oficio para descansar un rato en lo más profundo de su panadería. Estuve decidido a regresar a donde el panadero loco, luego del extraño momento que pasé en la Tienda 22 por una sola razón: Aswimi.

Pensaba en que, si ese viejo me había preguntado tanto por ella, quizás sabría cuál era su paradero. Al principio, se me pasaron muchas cosas por la mente en el camino de regreso, tal vez él podría ser su papá o cualquier otro familiar y yo ni enterado estaba, pero era mejor dejar de hacerme ideas y empezar a cuestionarlo de una vez por todas.

Intenté ingresar cuando no vi a nadie en el recinto, pero las piernas me temblaron y sentí que el corazón se me subió hasta la garganta cuando aparecí montado sobre unas rejas blancas soldadas fuertemente al borde de un edificio desmesurado. Me encontraba en la

azotea, en el punto más alto de la ciudad, donde se podían divisar las otras edificaciones, las montañas, la playa, los sectores marginales, las zonas postergadas y casi todo, porque más allá de La Ciudad, ya no se podía ver nada.

Tenía los brazos extendidos a los lados, claramente estaba en lo que parecía ser mi final. No podía moverme, solo podía sentir cómo la sangre corría por todo mi cuerpo, el ardor de mis pies sobre las rejas y las lágrimas abandonando mis ojos.

Estaba desesperado, miré hacia debajo y se me fue el alma con el vistazo, el vacío se atisbaba con un efecto neblinoso escalofriante. Me agobiaba un dolor inmenso en el pecho, uno horripilante y mortal que me extirpaba hasta las entrañas, un dolor que luego perdí, cuando finalmente caí al maldito precipicio.

9

LA PLAYA

Pocos meses después, Aswimi ya había desaparecido. No se trataba de una primera o segunda vez, sino de una quinta. Parecía haberse acostumbrado a vivir con nosotros de esa manera y sencillamente era respetable. Todos vivían su vida como querían, a mí me dejaron de importar muchas cosas, creo que ella era lo más importante para mí, quería estar con ella en verdad.

Aunque, a veces era un poco frustrante porque en últimas casi no la veía en casa, y para lograr tener un espacio con ella, me resultaba un poco complicado. Cuando sabía de ella, era porque se escuchaban ruidos en su habitación, de bolsas que revolvió o cuando encendía u apagaba el ventilador, pero ya en ese entonces, todos sabíamos lo que ella estaba haciendo allí dentro. Según me enteré por boca de Charlie, se tomaba pastillas para dormir, antidepresivos, y no sé cuántas cosas más hasta luego de tres días que volvía a salir, apareciendo ante todos como una momia.

Era realmente triste y decepcionante, no sabía lo que estaba pasando por su cabeza, pero sentía pena por ella. Creo que es amor cuando te importaba tanto alguien y mueres por ayudarlo, así lo sentía, pero tampoco quería ser un entrometido, ¿acaso ella querría escucharme? Sencillamente me era difícil creerlo.

Esa noche, ya todos estaban casi listos para ir a casa de mi supuesto primo Eddy que, ofrecía una de sus tantas fiestas semanales. Digo «supuesto» porque en realidad el maldito no era nada mío. Lo había conocido en la escuela y se me pegó como un chicle. Era de esa clase de personas a las que quieres quitarte de encima a punta de excusas, pero aún siguen allí como una garrapata. Luego se inventó el cuento de que era mi primo y todos le creyeron.

El tipo es adinerado, pero es mezquino. Muchas veces intenté pedirle ayuda por mi situación y la de los chicos en casa, pero, aunque decía estar dispuesto a hacerlo, nunca recibí un centavo de su parte. Para ser sincero, agradezco el hecho de... ¡No, ni mierda!

Eddy me había rogado por teléfono para que asistiera esa noche a su fiesta, pero cuando ya me había vestido y estaba esperando a que los demás terminaran

de hacerlo, se me habían ido las ganas. Recordé con nostalgia que Aswimi se había ido de casa nuevamente.

Siempre que se vive con una persona y aunque no exista un mundo lleno de interacciones con ella, estoy muy seguro que el día en el que se marche, tendremos un vacío por dentro, ese mismo vacío melancólico que se verá rondar por todo el espacio donde se le ha visto caminar, y puedo afirmar que efectivamente aquella noche, me sentía totalmente nostálgico.

Me había puesto las manos en la frente, estaba recostado a la cama. Karen me vio desde su habitación que quedaba frente a la mía, se estaba maquillando delante de un espejito que sostenía en el aire con la mano izquierda. Cuando salí hasta el pasillo de la casa para acercarme a ella con intenciones de hablarle, no esperó que dijera nada y me preguntó:

—¿Acaso tú no te cansas? ¿Por qué aún la estás buscando?—dijo, levantándose de la cama con tono de reprimenda.

—¿De qué hablas?—le dije recostándome al marco de su puerta.

Karen guardó silencio un momento. Dejó su caja de maquillajes en una repisa de color café que tenía y se acercó hacia mí.

—Mira Tony—se detuvo y situó sus manos en mis mejillas—, eres mi amigo. Yo solo no te quiero ver más así, ¡ya basta con eso!

En ese momento, solo bastó que negara con la cabeza para que se enfureciera conmigo.

—¿Pero por qué?! Si ella algún día se irá y no volverá jamás Tony... ¡Jamás! —dijo—. Y te juro que me iré también, ya no me gusta verte vivir con eso. ¡Te jodiste!

—¿Con eso? ¿A qué te refieres con “eso”? —le pregunté.

—¡Ella y tú no son nada! —exclamó. Se puso las manos en la cabeza y se podían ver algunas lágrimas de sus ojos—. ¡Deja de desvivirte por ella maldita sea! ¡Escucha! ¡Escucha!

—Pero yo no estoy haciendo nada Karen.

—¡Escucha! —repitió abriéndome los ojos con violencia.

—Karen, estoy listo —dijo Matías que recién había salido de su habitación—, ¿Ya nos vamos?

Yo lo observé, Karen lo observó, y con eso inmediatamente supo de qué se trataba.

—¿Aswimi otra vez?—dijo Matías poniéndose las manos en la cabeza.

—Otra vez Matías, otra vez... —le respondió Karen con la voz apagada cruzando el pasillo con dirección hacia las escaleras.

Quedaba claro que Karen ya estaba cansada de todo, estaba decepcionada, y fue muy difícil saber eso, pero fue duro darme cuenta que no solo Karen se sentía así, si no también Matías, el más risueño del grupo. Cuando me senté en el pasillo, me recosté a la pared y se acercó diciéndome:

—Ahora que estás aquí, quiero darte las gracias Tony—Yo solo lo miraba extrañado—, por haberme recibido en esta casa. A veces soy muy tonto y nunca sé cómo actuar ante las situaciones difíciles, me pongo muy nervioso y no sé qué hacer, pero, aunque te diga que estoy en las buenas y en malas contigo amigo, no sé qué clase de situación es esta para ti, no sé si es una buena o mala y qué tan difícil te sea tomar una decisión... pero simplemente no creo que recibas el apoyo de alguien acá para ir detrás de esa mujer. Estás siendo egoísta, incluso contigo mismo.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Sencillo —medio se sonrió, y después me miró con tristeza—. Mira a Anoki, todos pensamos que era la única persona que te apoyaría hoy, pero tú que dices ser

su amigo, te pregunto ¿sabes cómo se siente la asiática? ¿Sabes si está triste? O ¿acaso sabes dónde mierdas está? —sonrió finalmente—. La vida no solo se trata de ti o Aswimi, también existen otro horizonte a dónde mirar.

Esa noche, cuando todos se fueron, bajé hasta la playa con intención de respirar aire puro. No quise asistir a la fiesta evitando el estruendo, quería un lugar más silencioso para pensar sobre lo que estaba sucediendo conmigo. Matías tenía razón, necesitaba disculparme con Anoki y olvidarme de Aswimi, aún no comprendía porqué ella me importaba tanto, creo que necesitaba solo un momento.

La playa de la ciudad es sola y oscura. Una vez Eva me contó que allí vivían personas en casas construidas de madera, pero la primera vez que fui nunca alcancé a verlas. Hoy cuando bajas a la playa, ya no ves a nadie por esa zona, lo único que te encuentras son helechos, escombros y la suciedad que es habitual en todos lados.

Para llegar allá normalmente nos toca subir hasta el mirador y luego bajarlo, y entrar por esa parte del bosque, ya que justo en esa se conserva un caminito

muy estrecho, que cuando empiezas a avanzar te vas encontrando portones de hierro oxidados que su función es o era impedir el paso para llegar a la orilla. De noche, es escaso el alumbrado que acompaña al caminito, pero eso no es un problema, alcanzas a llegar a paz y salvo si solo lo sigues.

Me senté en la orilla sobre la arena. Observé el cielo con la ilusión de ver alguna estrella, eran escasas, pero aun así me conformaba con ver al menos una, porque en el centro de la ciudad lastimosamente no era posible verlas.

Me sorprendí al darme cuenta que en todo el día no había caído una gota de lluvia sobre La Ciudad, últimamente parecía haberse vuelto una costumbre. Lo que me extraña es que sus días siempre son oscuros y el sol no se puede ver, hacía más de un año que no recibo un rayo de sol en la piel, y bueno, en el caso de la luna, solo se ve un tanto de luz procedente de ella, porque todo el “queso”, se oculta entre las nubes.

Decidí recostarme en la arena, hacia un viento exquisito, tan limpio, tan fresco que podría caer en un profundo sueño en tan solo un instante. Parecía prove-

nir de otro lugar, se sentía diferente, diría que extremadamente diferente que aquel que llega directamente a La Ciudad, el de allá parece más... artificial.

Cerré mis ojos, y estaba disfrutando el momento, tranquilo, hasta que escuché una voz que me hizo sobresaltar inmediatamente:

—Hola Tony.

—¡¡¡Mierda!!!—exclamé asustado levantándome de la arena.

Aswimi se había sentado justo al lado de donde me encontraba acostado, se le veía muy tranquila y tenía un CD Walkman en las manos.

—¿Qué haces aquí?! —le dije.

—¿Qué? ¿Por qué?! —preguntó sorprendida, me abrió los ojos con una sonrisita que me hizo sentir tonto.

—Sí, eh, digo... ¿Cómo estás?

—Bien... espera...—dijo extrayendo una caja de cigarrillos de uno de sus botines. Luego sacó uno, lo encendió y me lanzó la cajetilla—¿Quieres?

No quería acompañarla a fumar, solo quería preguntarle dónde estaba. Yo tenía claro que no me debía explicaciones, pero simplemente... quería saberlo.

—Y... bien. Tienes un Walkman—dije, sentándome a su lado.

—Oh, sí. Aunque parezca de mentiras, es de verdad verdad—sonrió.

—Humm... ¿enserio?

—¡Claroo! ¿Quieres escuchar? —Ella sonrió y pareció muy contenta, incluso tenía las mejillas sonrojadas. Tardé muy poco en notar que su cabello rosa se había ido, ahora yacía de un color azul extraño.

—Por supuesto, son muy difíciles de conseguir—le contesté.

Aswimi se juntó más a mí y me dio un audífono, el derecho, y luego ella tomó el otro.

—Escucha...—dijo.

—¿Qué escuchas? —pregunté esbozando una amplia sonrisa.

—Oh, aguarda, ya verás... —se estremeció emocionada.

—Que tanto misterio Aswimi...

—No seas tonto, escucha—dijo al presionar uno de los botones del reproductor.

Había empezado esa canción, *Two Fingers* de *Jake Bugg*. Al principio me fue difícil identificarla, tal vez porque llevaba tiempo sin escuchar algo como eso.

—¡¡¡No puede ser!!!—exclamé, emocionado.

—¡¡¡Sí puede ser!!! —afirmó con su voz ronca.

—¡No puede ser Aswimi! —volteé entre risas para mirarla a los ojos—Es una, una... ¡joya! ¡Una puta joya!

—¡Lo sé! Ella lo es, claro que lo es—admitió mirándome directamente a los ojos—. Y no vas a creer lo que me tocó hacer para conseguir este puto CD.

—¿Qué? —le pregunté emocionado con la sonrisa de oreja a oreja.

—Nooo, olvídalo—carcajeó—. Más bien disfrútalo conmigo.

Nos volteamos a observar las olas del mar y a respirar con ganas ese aire tan limpio que nunca antes habíamos podido respirar. Estábamos viviendo un gran momento, pero nunca -en lo que sé de mi vida- me hubiese imaginado lo que pasaría a continuación. Desde ese entonces, las cosas empezaron a tener sentido.

Cuando la canción terminó, recuerdo que nos quitamos los audífonos y nos quedamos en silencio por un instante, observando a lo lejos.

—Esto es muy bonito, Tony—admitió señalando a su alrededor—. Este paraíso se nos perdió hace mucho.

—¿A qué te refieres? —pregunté extrañado.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —se volteó para fijar su mirada en mí por un instante, y luego la apartó de nuevo.

—Claro—contesté.

—Ese día estaba muerta de hambre—confesó con la voz entrecortada—, desesperada. Quería irme de esta ciudad, lo he intentado tantas veces que puedo jurar que ya tengo callos en la cabeza de tanto pensar.

Me quedé en silencio. No sabía que decir ante eso. La fuerza del viento había aumentado y ya empezaba a enfriarse la noche. No podía dejar de mirarle al rostro, yo que tanto quería conocer su verdad y ella que ya estaba dispuesta a contármelo. Me sentí afortunado.

—Esa mañana, intenté robar en una tienda, pero soy un fracaso—continuó—. Cuando supe que había una fiesta en aquella estancia, subí porque si era de riquillos, entonces habría comida gratis. Por desgracia llegué en un mal momento—se detuvo un instante y empezó a sollozar—, todos estaban tirando piedras y botellas por todas partes. Quise escaparme en el primer auto que encontré, fue cuando te vi y me golpearon en la cabeza.

Pareció notar que no dejaba de mirarla y giró la cabeza hacia mí. La brisa hacia que se le tapara medio rostro con el cabello y sentí pena por ella.

—Tony, éste era mi paraíso y alguien me lo arrebató—admitió señalando hacia la orilla del mar.

—¿Qué sucedió? —le pregunté.

—Hace algún tiempo, en estas playas vivían personas. No sé a dónde fueron a parar porque un día se mudaron todos de aquí y jamás se supo de ellos. Yo era una de esas personas—confesó con nostalgia—. Vivía en una casa de tablas con mi mamá y mi hermano menor. Mi casa quedaba por allá —señaló hacia las montañas—, cerca de aquella entrada del bosque. No teníamos mucho dinero, pero éramos felices. Una mañana mi hermano se enfermó y no pudo asistir más a la escuela. Las cosas se habían complicado para nosotros y mi madre se había quedado sin trabajo. No teníamos medicina para Max, se llamaba Max.

Al momento nos abrumó la tristeza, no puedo tener las palabras para describir como se veía en aquel instante. Ella estaba rompiéndose en mil pedazos, justo enfrente de mí, y me sentía impotente.

—Cuando Maxi...—continuaba, pero luego miró hacia la playa y se quedó callada, sollozando.

—No tienes que seguir si no quieres—le sugerí.

—No, está bien—movió la cabeza con pena y se secó los ojos—. Quiero contártelo.

—De acuerdo.

—Cuando Maxi se recuperó a los pocos días, pensé «Por Dios, ¡es un milagro!»—dijo—. Sin embargo, nuestra mala situación siguió igual porque mi madre aún estaba sin trabajo, y si no fuese por una amiga que tenía en la ciudad que decidió ayudarme, no hubiésemos sobrevivido. Pero una mañana mientras jugaba con Maxi en la playa, mi madre me pidió que me fuera a La Ciudad con mi hermano, porque ella tendría una visita que recibir, para ser sincera creo que desde ese día había empezado a vender su cuerpo. Aun así, llevé a Maxi al Parque del Norte, mi amiga nos gastó las entradas, comimos helados, ganamos recompensas, vivimos un día increíble, por cierto.

—¿Y luego?—pregunté.

—Luego, cuando veníamos de regreso nos detuvimos en la Tienda 22, mi amiga quería regalarnos algunos abastos para los días siguientes, le dije que no se preocupara, pero aun así insistió en ayudarnos—continuó—. Maxi me pidió dejarlo jugar en el área de juegos de la tienda, era imposible de creer que un niño de su edad no se cansara de jugar todo el tiempo, no podía decirle que no a esa carita de ángel que ponía cada vez que pedía algo. Así que, cuando lo llevé a los juegos, me

ocupé de que el personal de seguridad estuviera pendiente de él mientras terminábamos de comprar. No hubo escándalos, no hubo un grito, no pasó nada y nadie supo nada.

—¿Qué pasó entonces?

—Cuando llegué a recoger a Maxi, ya no estaba. Se había ido... ¡Bam! —chasqueó los dedos—. Solo vi que su cadena estaba enrollada en uno de los columpios, ¡estaba enrollada! —exclamó—. Y ese fue el único rastro que dejó. Después de ese «accidente» la Tienda 22 no volvió a abrir más.

—¿Y la policía? —pregunté.

—Sabes que en La Ciudad la policía no ayuda a nadie. Ellos solo se mueven por órdenes de alguien, y en algún caso especial de un desaparecido, es que arman revuelo hasta encontrarlo, y mi hermano no era uno de esos. Sin embargo, empezamos a repartir volantes y ver que sucedía...

—¡Pero eso está prohibido!—le recordé.

—¡Lo sé! Estaba desesperada y la policía casi nos mata por no estar autorizadas—dijo—. Luego de ese episodio, mi madre enloqueció y empezó a tirar todas nuestras cosas al mar. Me peleé con ella y lo último que recuerdo fue que en medio del forcejeo me golpeó en la

cabeza con una estaca que agarró de la arena, pero ya cuando desperté no volví a saber más de ella.

—¿Nada de nada?

—No.

—¿Y tu amiga?

—A ella se la llevaron a un internado, creo —dijo extrañada—. No estoy muy segura, pero sin ella empecé a deambular por las calles, evitando que me viera la gente de “El Escritor”. Por eso nunca me fui de tu casa luego que me sacaron del hospital por aquel golpe de la botella. Por cierto, gracias.

—Tranquila... yo solo lo siento mucho—le dije compadecido.

Se secó los ojos llorosos y luego me miró. En su rostro se le esbozó una sonrisa engañosa.

—Entonces, ¿listo para escuchar otra? —propuso con la frente erguida dándome una palmada en el brazo.

—Solo, si tú quieres—le dije.

—Está bien—sonrió con tristeza.

— *“El Escritor”*

10

TONY, PT. VI

«¿Dulces sueños?» fue lo primero que escuché cuando me desperté. Estaba tendido en una cama vieja, y en una habitación algo desagradable. Había un olor a putrefacción en el espacio como si hubiesen matado una rata justo debajo de la cama. Las paredes de la habitación eran de un color gris, y al lado izquierdo había una ventana con cortinas blancas, estaban cerradas pero se notaba que aún era de día por el resplandor que provenía de afuera.

A mi derecha, se encontraba ese viejo panadero sentado desde un escritorio donde tenía velas encendidas. Me observaba.

—No quise interrumpir... —dijo.

—¿Qué me hizo? —le pregunté.

—¡Pero mira qué cosas dices! —exclamó extraño—. Lo único que he hecho es recogerte de mí tierra. Entraste sonámbulo y luego te diste contra el piso. Solo te he brindado mi ayuda Tony.

Me coloqué las manos en la frente, intentando aclarar mis pensamientos, luego me levanté para sentarme contra el espaldar de la cama. El viejo sonaba como un hipócrita.

—Escucha Tony...

—¡No! ¡Escuche usted, viejo maldito!—le grité desesperado—. ¡Dígame donde esta Aswimi y terminamos con esto!

El viejo se sorprendió ante mi actitud, se quedó estático por un momento y se levantó airoso de la silla, mantenía una calma sorprendente y debo confesar que su actitud a veces me asustaba un poco.

—Empecemos desde el principio...—dijo—. ¿Sabes quién soy yo?

Ante eso, volteé el rostro hacia las persianas, me valía cero quien era él. Sin embargo, él continuó hablando, parecía no haberle importado mi falta de interés.

—Eva...—susurró entre una risa extraña—. ¿Te suena?

Inmediatamente volteé a mirarlo, con eso había captado mi atención por completo. Las cosas se empe-

zaban a poner interesantes y, por ende, más complicadas, pero ahora, «¿Qué tenía que ver mi madre con todo esto?», me preguntaba.

—Habla... —le pedí—. Dime qué es lo que sabes.

—Te contaré y escucha con atención, por favor— dijo mientras caminaba de un lado a otro—. Hace mucho tiempo era amigo de Eva, tu madre y yo teníamos un plan, juntos.

—¿Y quién eres tú?—le interrumpí.

—Joe Wesley García—dijo—. Trabajábamos para la Tienda 11, en el frigorífico. Una mañana vimos ingresar un surtido en bolsas negras. Los paquetes se veían grandes, al principio me causó curiosidad de qué se trataba y se lo dije a tu madre. Me dijo «Esperemos hasta la noche, a ver de qué se trata», luego le dije que mejor no nos involucrábamos en donde no nos llamaban, le insistí y, sin embargo, ella ingresó a la zona a las pocas horas que no hubo personal activo. La seguí y encontramos algo que nunca hubieses imaginado encontrar en tu vida.

—¿Qué? —pregunté.

—Desechos humanos—dijo con la voz entrecortada, se notaba que su presión había aumentado—. La

mayoría de las partes ya estaban verdosas e incluso había jeringas y no sé cuanta porquería más. No sabía por qué estaban allí, pero tomé la situación con la mayor discreción posible. Tú madre sí se puso mal, empezó a gritar al principio e incluso vomitó allí mismo. Cuando quisimos verificar al día siguiente, si aún esos desechos se encontraban allí, pues era más que obvio que ya no estaban. El plan consistía en investigar, pero a ella la despidieron al poco tiempo sin razón alguna. Se obsesionó tanto con el tema que empezó a hacer averiguaciones por sus propios medios. Le advertí que estaba jugando con personas peligrosas, que dejara las cosas como estaban, y aun así iba todos los días y me pasaba un reporte de lo que hacía, pero la mayoría de las cosas no tenían sentido. La última vez que la vi, llevaba una bolsa con muchos medicamentos que había adquirido en la tienda, a lo que me dijo: «No te preocupes, son las medicinas de Tony», así que le pregunté «¿Y tú vas a estar bien?» y me respondió con una sonrisa cortante «¡Por supuesto!»

Nos visitó el silencio. Sin darme cuenta, tenía las mejillas llenas de lágrimas y el corazón roto al recordar a mi madre. Al principio, pensé que él me estaba contando una verdad coherente, pero se perdió a la mitad,

esa historia de Eva era falsa y de conocimiento público, había salido en el periódico y por ende, estaba mintiendo. Solo hay una persona que me había dicho tener pruebas sobre el caso de Eva, y era Jefferson, pero luego de que lo empezaran a buscar para matarlo no supe nada de él. Sin embargo, en el fondo creía que existía una probabilidad muy alta de que siguiera vivo, pero escondido en alguna parte de La Ciudad, porque era muy inteligente.

—¿Quieres saber la otra parte de la historia?— preguntó mientras se sentaba de nuevo en su escritorio.

—Por supuesto—le mentí.

—Cuando te conocí, habías llegado a mi panadería una mañana. Eso fue...—entrecerró los ojos intentando recordar—, a inicios de este año. Recuerdo que te acercaste a mí y me dijiste «¿Está escribiendo?». Para serte sincero, me dio mucho miedo, pensé que ibas a reportarme ese mismo día, pero aun así te dije que sí. Entonces, tú te sentaste frente a mí y me dijiste «Tengo una historia emocionante por contarle a alguien, ¿la quieres escribir?». Ya te podrás imaginar qué te dije.

—¿Eso le dije? —le pregunté confundido.

—¡Claro! —contestó—. Desde ese día, llegabas temprano a la panadería a contarme un nuevo capítulo

y así íbamos avanzando, en equipo—afirmó sin apartarme la mirada—. Tú te tomabas tu tiempo y yo el mío. Al principio, me fue imposible creerte, pero cuando supe que eras hijo de Eva, te agarré un gran aprecio.

—¿Y cómo te enteraste de eso?—pregunté.

—Tú me lo dijiste, Tony—dijo con acento afectuoso.

—¿Y qué te dije de Aswimi?

—¡Casi todo! —afirmó—. Tu historia es sobre Aswimi.

—¿Y sabes dónde está? —pregunté alarmado.

Asintió lentamente con la cabeza. Quería confiarle, pero él me inquietaba y me generaba desconfianza. Sin embargo, sí yo quería encontrarla necesitaba darle aquello que quería escuchar de mí.

El viejo se sentó luego en su escritorio y sacó de un cajón el mismo cuaderno curtido que me había mostrado aquella mañana. Finalmente, se volteó hacia mí y me dijo:

—Te resumiré qué sucedió con lo que habíamos logrado—dijo—. Hace algunos meses, alguien me reportó contra “El Escritor” y entonces, ordenó que me quitaran el borrador original cuando ya lo habíamos finalizado. Pensé que lo había destruido o algo, pero en

realidad lo robó y ahora está promocionándola, la quiere publicar. Sin embargo, yo hice un respaldo en caso de que algo malo sucediera y en esta libreta lo conservo casi todo—dijo apretando con sus manos aquel sucio cuaderno—. Esta mañana te decía que no estaba de acuerdo con el final que le diste, quiero saber qué pasó luego de eso y así terminarlo como quiero.

A decir verdad, no tenía idea de qué novela me estaba hablando. En el fondo, me era increíble estar allí sentado con alguien que parecía estar confundido con todo. Entonces me dije, que si le inventaba algo de lo que él quería escuchar, sabía que soltaría la lengua y diría todo sobre el paradero de Aswimi, suena a locura pero, era lo único que se me pasaba por la cabeza.

Así que, todo lo que vendría a continuación después de su supuesto final, sería solo ficción. El viejo me había dicho que necesitaba finalizarla porque quería registrar y estudiar una historia real, no me dijo nada más pero yo sabía en el fondo, que él pretendía lograr algo más con la novela.

—¿No quieres leerla antes de empezar? —preguntó preocupado—. Así te colocas al tanto de la historia.

—No, yo sé perfectamente cómo terminamos—
fingí y temí que él lo notara.

—De acuerdo, según esto...—dijo mientras re-
buscaba con los dedos en sus apuntes—. Quedamos en
el capítulo llamado «El Maizal Pt. Final».

—¿Y debo empezar ya?

—Cuando quieras—sonrió.

11

ANIMALES

El día estaba muy fresco y no llovía. Karen nos animó a salir con el fin de hacer algo diferente y fuimos al Zoológico Central. Al principio, fue todo un caos definir un lugar a donde ir porque todos proponían algo distinto, los lugares que más resonaban era la playa y el zoológico, pero al final nos decidimos por este último porque Anoki quería ver a los flamencos.

—¿Saben? Una vez viví «algo» parecido a este día en algún lugar que no recuerdo pero quiero recordar y que, por alguna razón ya no lo hago porque ya no puedo—comentaba Anoki, curiosa cuando entrábamos a la recepción del zoo.

—¡Yo sé qué es! —dijo Charlie con emoción.

—¿Enserio?! —Anoki le preguntó con la misma inocencia de un niño—. Dime dónde...

Él se le acercó lentamente al rostro y le dijo muy despacio:

—¡En tus-putos-sueños!

Inmediatamente él se soltó a carcajadas y Anoki le miró resentida. Charlie era un burlón, pero a pesar de todos los defectos del cretino, Anoki lo amaba, se le podía ver en la mirada. Lo que llamó mi atención fue el intento de ella por recordar ese «algo», lo que me trajo a la mente una reunión que habíamos tenido todos en la casa, días antes. Para ser honesto, nunca supimos que era lo que nos pasaba a todos e intentamos descubrirlo, pero no llegamos a nada, todo lo que suponíamos sonaba a locura. Sin embargo, al tiempo se convirtió en una cosa que era mejor callar.

Mientras Anoki seguía hablando, yo solo pensaba enormemente en aquella tarde en la que estábamos sentados por los lados de una alfombra en la sala. Teníamos ganas de jugar parqués, y Matías quiso recordar algo con burla para nosotros y se levantó del suelo para dar su discurso pero las cosas no salieron del todo bien.

—Cuando yo tenía nueve años...—sonrió pero al instante guardó silencio.

Todos nos quedamos mirándolo con gracia intentando no soltar la risa, pensábamos que iba a recitar un chiste o algo parecido, pero luego le cambió el semblante por completo.

—Cuando yo...—balbuceó.

—¿Qué?—Karen le preguntó entre dientes.

Matías no dijo nada más y luego empezó a llorar. Todos inmediatamente entramos en pánico y nos levantamos del piso hasta llegar a él. Las chicas lo abrazaron muy fuerte y Anoki empezaba a llorar también. Me preocupé por todos y más cuando le vi la cara de tragedia a Charlie, quien se ponía las manos en la cabeza. Creo que él en su mente había magnificado la situación.

—Calmémonos todos por favor—supliqué y les sugerí que nos sentáramos de nuevo.

—Charlie ve a buscarle agua a Matías, por favor—le pidió Karen sobresaltada.

Charlie no respondía de su estado y vi que empezaba a agitarse y rápidamente me le acerqué.

—Calma, viejo. ¡Calma!—le agarré las mejillas muy fuerte—. ¡Mírame! No pasó nada, no pasó nada—le recalcaba.

Las chicas empezaron a llorar y le dijeron a Matías que lo querían mucho, que no estuviera triste. Al ver eso, me sentí mal por él y por todos, mi corazón estaba vacío pero a la vez tan lleno porque los tenía a ellos. Juntos, nos pasaron tantas cosas buenas y extrañas, hoy daría mucho por volverlos a ver de nuevo, tan solo un instante. Fueron realmente los mejores meses de mi vida.

Entre todos le dimos un abrazo a Matías, y las chicas soltaron una risotada entre lágrimas. Cuando Matías se sintió más aliviado y pudo respirar con calma, nos volvimos a sentar, pero nos dijo algo que me fue imposible creer en un principio:

—¿Saben? Intenté contarles algo de mí—dijo con la mano puesta en su pecho—, de mi infancia, pero esa parte no la puedo recordar y me duele.

—¿Te duele?—preguntó Anoki alarmada—. ¿La cabeza?

—No.

—¡A ver! ¿Pero qué les pasa?—interrumpió Karen entre risas—. ¿Alguien más no puede recordar un peluche de su infancia o algo?

Inmediatamente nos invadió un silencio inquietante, fue eterno. Volteamos a mirarnos entre todos y en los ojos de cada uno se podía ver reflejada una profunda preocupación, un dolor, una tristeza y un misterio sin-fín. Y entonces Charlie soltó una palabra que nunca imaginé que me llenaría tanto de horror.

—No—negó lentamente con la cabeza.

Al escucharlo, volteé a mirarlo inmediatamente y sentí un profundo dolor, algo pareció haberme golpeado el pecho y dejarme sin aire, y aunque pareciera

increíble, también había intentado recordar algo de mí cuando estaba pequeño, pero me fue imposible porque solo podía evocar el cierto tiempo vivido con Eva, nada más. Y Charlie, simplemente pareció haber hablado por todos, el silencio se extendió quien sabe por cuánto.

Solo sé que al rato se volvió incómoda la situación. Karen dijo que tenía que ir a hacer algo, y todos extrañamente al mismo tiempo decidieron ocuparse también. Fue obvio que quisieron evadir el tema y por estas actitudes es que a veces me cuestiono mucho el actuar de las personas porque, creo que era un tema delicado del cual debíamos hablar, supongo, pero terminaron dejándome solo esa tarde en la alfombra. Desde ese día no nos volvimos a reunir de esa manera hasta que fuimos al Zoológico Central, donde Anoki había empezado a hablar. Todos sabíamos que le entraría la habladera porque estaba feliz y emocionada por ver a sus flamencos. Recuerdo que, extrañamente decía algo sobre unas llantas que nadie lograba entender por qué estaba hablando de eso allá.

—Entonces yo le dije al tipo: «Si tienes una llanta con una rueda verde, créeme que te pagaré por ello, pero si no, no»—le iba contando a Matías y él la miraba de manera extraña—. ¿Sabes? Yo nunca he visto una llanta

verde, pero me gustaría. Un día vi un camión con una llanta gigante, era como del tamaño de una puta vaca y yo decía: «¿Cómo diablos existe eso?»

Guardó silencio un instante, y todos nos aliviarnos porque ya había terminado, pero no, solo estaba absorta en sus pensamientos. Apenas estaba calentando motores.

—¿Sabes? —retomaba—. Creo que vi un programa donde una serpiente se comió una llanta.

—¡Prfff!—le escuché a Karen desde lejos.

Y así nos empezaba la mañana con el pie izquierdo. Lo bueno era que estábamos retomando a vernos y compartir de nuevo. Nunca entendí por qué las cosas tenían que ser así siempre. A veces nos alejábamos sin razón y todos actuaban por su parte. Si tuviera que justificarlos ahora, podría decir que era porque cada uno merecía tomarse un respiro.

Cuando ya nos hallábamos vestidos y listos para salir al zoo, recuerdo que escuché a Karen gritar varias cosas desde su habitación y solo le entendí: «¡A la puta mierda!». Me sorprendió su algarabía y pensé que se había vuelto loca, normalmente no solíamos ser tan sucios por la boca ya que solo pasaba en «casos especiales». Esta vez era uno muy, muy especial.

—¿Qué te pasó? —le pregunté.

—¡Mira esa mierda!—dijo montada sobre la cama señalando hacia la esquina de su habitación.

En realidad, no era nada, era un simple conejito que estaba por allí rondando. Al principio se me hizo extraño que estuviera en la casa, pero entonces cerré la puerta para que no se escapara y lo atrapé. Era muy lindo, pero Karen le tenía fobia y me dijo que lo sacara y lo echara en un monte lejos. Me pareció chistoso eso y llamé a los chicos para que vieran lo tierno que era, porque siendo honesto quise quedármelo.

—¡Oye pero que tierno!—fue lo primero que dijo Anoki acariciándolo.

—¡Oye pero que baboso!—Charlie la remedó más atrás en tono de burla.

Nos encontrábamos en el pasillo del segundo piso. Matías se echó a reír y me preguntó si podíamos conservarlo, le dije que no sabía de donde había aparecido, que lo había sacado de la habitación de Karen. Los chicos se encantaron con el conejo al instante, incluso Charlie, quien no quería que se lo acercaran y al rato le andaba ronroneando como si se tratara de un gato.

—No le hagas así que no es un gato—le recordaba Matías.

Cuando Karen salió de la habitación, se alejó de nosotros hasta el final del pasillo huyéndole al conejo. Se detuvo justo enfrente de la habitación de Aswimi, observó la puerta y decidió alejarse más dando unos cuantos pasos hasta llegar a las escaleras de bajada y allí se quedó a mirarnos un instante. Luego nos hizo señas de que hiciéramos silencio y escucháramos atentamente a algo que no comprendimos qué.

Aswimi no tardó ni un minuto en abrir la puerta de su habitación para que salieran casi cien conejos de allí. Eso parecía ser una película de terror, se veían como hormigas locas abandonando el hormiguero. ¡Eran muchos! ¡Y Karen estallaba a gritos desde las escaleras! Todos nos asustamos. Karen le gritó mil cosas a Aswimi, cosas que no quisiera recordar, y por su parte, ella solo lloraba en silencio, asustada. Cuando Karen decidió que ya había terminado de gritarle, bajó por las escaleras, justo por donde se habían escapado todos los conejitos. Me acerqué inmediatamente a Aswimi y rápidamente se lanzó a mis brazos, le pasé mi mano suavemente por las hebras de su cabello azul, y podía sentir con aquel abrazo como eliminábamos cada gota de aire que nos separaba, pude sentir el calor de su oreja sobre mi mejilla derecha y sus lágrimas cayendo sobre mi hombro. Sus

manos me envolvieron los hombros con tanta fuerza que pude sentir lo viva que estaba.

Esa mañana, ella se veía y se sentía tan frágil, igual que la primera vez cuando la vi. Aswimi lo único que lograba con ese andar tan silencioso y recogido, era llenarme de motivos para nunca querer olvidarla. Yo no le dije nada, no le cuestioné y no le juzgué. Estaba decidido a que las cosas mejor se quedaran allí. Eran conejos, pero ya se habían ido. Era obvio que quería saber de donde habían salido ¡por supuesto!, pero decidí esperar a que ella misma me lo dijera, yo quería saber si confiaba en mí y era capaz de decírmelo por sus propios medios, y entonces lo hizo. Dejó de abrazarme, y colocó sus manos en mis mejillas.

—Perdóname Tony—farfulló.

—¿Por qué?

Nos hallábamos tan cerca. Respirábamos con fuerza, nos mirábamos fijamente a los ojos y ella lo hacía con deseo. Podía notar la manera en la que me observaba los labios como si quisiera morir en ellos, pero yo en cambio moriría en sus ojos, había un brillo especial en ellos, uno que se podía ver más allá de sus lágrimas. Luego le observé los lunares en su rostro y el tiempo se detuvo, me perdí en ellos, me encontraba sumido en

otro mundo con esos dos pequeñísimos círculos negros en su mandíbula. Estábamos tentándonos, y estábamos rogando por un beso, que no pasó.

En el zoo, nos pasó algo muy extraño también. Poco es lo que recuerdo de ese día, pero trataré de resumirlo.

Luego de lo que había sucedido con los conejos en la casa, nos entramos al carro y nadie dijo nada. Anoki fue quien rompió el silencio para hablar de las famosas llantas pero el ambiente estaba muy pesado como para prestarle atención a ese tipo de temas. Cuando llegamos a nuestro destino, ella aún seguía hablando y la única que pudo callarla fue la intérprete ambiental que nos empezó el recorrido.

Lo que llamó nuestra atención en un principio fueron unas cabinas telefónicas ubicadas en uno de los pasillos cerca a la recepción. A pesar de que estaban muy sucias se podía ver que eran de color verde oliva. Apparently se identificaban por números porque las que estaban allí partían desde el número 20 hasta el 30. Evidentemente eran muy antiguas, nunca las había visto allí antes por lo que se me hizo muy curioso.

No puedo negarlo, pero ese día la pasamos increíble a pesar de todo lo que había pasado anteriormente. La tensión se rompió por completo cuando nos centramos a ver unos flamencos hermosos con un plumaje color rosa. Estábamos encantados de verles esa figura esbelta y ese porte al andar, eran tan perfectos con ese cuello largo y unas patas tan largas y elegantes. En realidad, nos emocionamos más cuando empezaron a danzar de un lado a otro, y cada vez que abrían sus alas en conjunto era un espectáculo, realmente fue algo hermoso y no queríamos movernos de allí.

De la intérprete ambiental no supimos nada luego de eso, no tuvimos idea alguna a donde se había ido. El zoológico era grandísimo y tal vez por eso no veíamos casi gente cerca, solo estábamos los seis y nos hallábamos en medio de elefantes, patos, avestruces y quien sabe cuántos animales más.

—¿Escuchan eso? —preguntó Karen de repente.

Al principio no escuché nada y los chicos tampoco. Aswimi que había estado en todo el recorrido conmigo estaba agarrada de mi brazo y noté que de un momento a otro se aferró con más fuerza. El día que había estado oscuro pero fresco y sin lluvia, pareció entonces

transformarse y anunciar que se aproximaba un torrencial aguacero. Los árboles se empezaron a estremecer por el fuerte viento y los animales a ocultarse, algunos se exaltaron pero Karen extrañada nos pidió hacer silencio y se quedó estática con el fin de escuchar con más atención lo que estaba en el ambiente.

—¿Qué cosa escuchas Karen? —le preguntó Charlie.

—¿Acaso no lo oyen?—preguntó.

—No me digan que es que vienen los extraterrestres por nosotros y nos van a aniquilar porque ya el día está muy feo—se entrometió Anoki a comentar—. En Japón persiguieron a unos chicos y los volvieron muy famosos. De hecho, hasta les hicieron una película.

—A la mierda... —Matías se quedó pasmado con todo lo dicho—. ¡Me gustaba más cuando hablaba de llantas!

—¡Hey! ¿Enserio no lo escuchan?—dijo Karen con más fuerza.

—No—negué y me incliné un poco para observarla a los ojos—, Dime qué estás escuchando Karen.

—¿Y si les digo que tenemos que correr, lo hacen conmigo?—preguntó agitada y con la mirada perdida—.

Porque eso que está sonando, no es una alarma y no es normal.

Con lo dicho, Karen lo había dejado muy claro: algo malo se aproximaba. Sin mirarnos ni siquiera de reojo, se puso de pie y empezó a caminar muy rápido de regreso a la entrada principal. Inmediatamente nos fuimos detrás de ella sin entender lo que pasaba, pero al instante nos enteramos de aquello de lo que tanto nos hablaba; era un timbre telefónico. Al principio, provenía desde el lago de los flamencos y nos volteamos espantados.

—¡No se detengan! —nos dijo—. ¡Vámonos!

Todos lo escuchamos, pero no vimos absolutamente nada. Karen ya había acelerado el paso, Aswimi me agarró de la mano, lo que me puso aún más nervioso, y Anoki se aferró en la de Charlie, quien ya iba prácticamente al mismo paso que Karen. No puedo mentir, pero tenía el corazón a mil por horas. Seguíamos avanzando y de pronto escuchamos un nuevo timbrado de aquel teléfono que no habíamos visto, pero esta segunda vez se había escuchado aún más cerca de nosotros.

—¿Qué es eso Karen? —preguntó Aswimi preocupada.

A primera vista se notó que Karen la quiso ignorar, pero luego se detuvo y todos lo hicimos al tiempo. Pero ella no dudó ni un segundo en darse la vuelta y dirigirse rabiosa hacia Aswimi con la mano empuñada. Lució como un tigre dispuesto a saltar sobre su presa.

—No te atrevas a dirigirme una puta palabra más en tu...—le gritó y se interrumpió al tiempo. Luego la miró de pies a cabeza—. ¡Maldita cabeza azul!

—¡Ey, cálmate!—le pidió Charlie estremecido—. No es el momento, vámonos ya.

Nunca pensé que iba a vivir un momento así junto a ellas, tampoco esperé nunca eso de Karen. Aswimi era tan inofensiva, en mi corazón sabía que algo le había pasado en aquella habitación, era cuestión de solo esperar para saberlo, pero se le notaba triste, en todo el camino desde la casa hasta el zoológico, sonrió y habló muy poco. Algo que sí quedaba claro era que quería estar solo conmigo, porque no se había despegado de mí ni un instante.

Solo recuerdo cuando le vi la mano a Karen en el aire. Ella la había emprendido en contra Aswimi y, si yo no hubiese reaccionado a tiempo, le habría hecho migas toda la boca.

—¿Dime qué es lo te pasa? —le grité con firmeza aun sosteniéndole la mano. Me sentía irritado y con decepción—. ¿Son los conejos? ¡¿Es eso lo que te pasa?! ¡Pues se fueron y punto!—la solté y me fulminó con la mirada.

Karen estaba indispuesta y quería enfrentarse conmigo, pero luego escuchamos un fuerte estruendo cerca de nosotros como si se hubiese roto algo. No vacilamos en volvernos hacia un grupo de árboles que estaban a nuestra derecha. Una cabina telefónica sobresalía de un montón que se encontraban escondidas entre los arbustos, eran las mismas que nos habían causado curiosidad en el pasillo de la recepción al llegar. Pero aquella cabina en especial, pareció estar observándonos, estaba exactamente igual de sucia que las demás y tenía una raya de color rojo en todo el centro, con su respectivo y destacable número 22 en la parte frontal.

Aswimi recordó que yo existía y me apretó el brazo derecho. Sentí miedo, la frente me había empezado a sudar y los pies me temblaron de horror. Me di la vuelta hacia Karen y la vi tragar entero. Solo sé que nos dijo en un murmullo: «Corran».

— *“El Escritor”*

12

TONY, PT. VII

Miré por toda la habitación en busca de algo, un reloj quizá. Necesitaba la hora. A decir verdad, ese lugar no parecía la habitación de un panadero, eso era un chiquero.

Seguí buscando el reloj, pero al instante recordé que llevaba uno en mi muñeca. Miré la hora y ya eran las 10:53 am, sentí que el tiempo se iba volando, recientemente había terminado de narrarle un capítulo que él llamó «Zurumbático» y no supe por qué, es una palabra muy extraña.

—¡Guao! Esto es grandioso—dijo sorprendido aun con la cabeza enterrada en el escrito.

—Me agrada que estés a gusto—le dije pero en realidad no era así. Me agrada el agua, la playa, la brisa y el mar, pero él no.

—Gracias, pero... ¿eso es lo que recuerdas cierto?—preguntó inseguro.

—¡Por supuesto! —sonreí—. Verás, realmente debo irme, pero intentaré narrarte los hechos que mejor recuerde porque siento que he olvidado algunas cosas.

Para ser honesto, el viejo me seguía siendo familiar, no sabía exactamente de donde lo había visto pero aunque él me parecía un mentiroso y un loco, todavía quería confiar en él, tal vez por eso no me fui de manera apresurada.

—De acuerdo—asintió con la cabeza—. Pero, ¿te parece si seguimos con el otro capítulo?

—Claro que sí—contesté.

13

AMANECER

Encontrarnos en el mundo, en el afuera, era lo que más deseábamos, pero ella y yo nos preguntábamos: «¿las cosas hubiesen sido diferentes?, ¿qué tanto?». Sabíamos que estábamos atrapados en La Ciudad, que misteriosamente no podíamos salir. Aswimi me miraba, callada, ella acostada en su cama y yo recostado a la cabecera. Estábamos a la luz de dos velas esquineras, la electricidad se había ido. Solo nos veíamos repetir las miradas, una y otra vez. Me gustaba, realmente me volvía loco la forma en la que me veía. Hacía calor. Yo no llevaba puesta ninguna camisa porque estaba rondando por el pasillo cuando ella me llamó para hablar un rato, y por su parte, ella tenía una franela que le llegaba hasta los muslos que le dejaba ver lo lindo de sus piernas.

Entonces sonrió, y me arrastré lentamente hacia ella. Le miré de cerca y pasó suavemente su mano por mi barba de tres días. Le sonreí, no pude ocultar la emoción de su afecto y se le achinaron los ojos, se acercó

hasta mí, y me dio un beso en el hoyuelo, me sorprendí, me sonrojé y le robé un beso, fue un impulso. Ella respondió alejándose de mí, me arrugó el rostro diciéndome «¡Pecador!», y sonrió de nuevo. Me apenó lo suficiente como para no sonreír ante eso.

Decidió que era el momento de acercarse hacia mí como lo había anhelado en su interior. Me tomó de la mano para sacarme de la cama. Nos pusimos de pie frente a frente. Le envolví los brazos por la cintura y ella hizo lo mismo por encima de mis hombros. Quería besarla como si fuese la última mujer que amaría en la tierra. Para ser sincero, pasó muy rápido, solo sé que lo hice y la escuché finalizar con un largo suspiro. Luego puso su frente en mi pecho y dijo algo que no alcancé a escuchar, incluso entre el silencio violento que traía la noche.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Realmente estuviste buscándome? —repitió ella, abstraída.

—Esperaba que no lo supieras, pero hice mi mejor esfuerzo.

Ella me rodeaba con sus brazos. Levantó el rostro y me miró con los ojos llorosos.

—¿Y si algún día me pierdo Tony?

—Te buscaría de nuevo.

—¿Y si no me encuentras? —preguntó inquieta.

—Sé que lo haré.

Después de eso, volvió a recostarse en mi pecho, le acaricie el cabello, y al rato se había quedado dormida, de pie, junto a mí. Supongo que estaba agotada del largo día que habíamos pasado en el zoológico. Así que la acosté, apagué las velas y me fui hasta mi habitación. En la oscuridad intenté dormir, pero recordaba todo lo que había pasado con ella esos últimos días, esas mañanas en las que teníamos más confianza entre nosotros y nos sentábamos en la terraza de la casa a mirar lejos después de la lluvia. Un día me senté a su lado y me dijo con su particular voz disfónica que quería ir a Noruega cuando fuera invierno, y yo no le entendí. Nos quedamos en silencio y esperé que dijera algo más, pero esa mañana no volvió a mencionarlo. Una mañana después, lo hizo, en el mismo lugar.

—Lo que te dije de Noruega aquel día, es porque allí nació.

—¿Qué?!—exclamé—. ¿Y cómo llegaste hasta acá?

—Nadie sabe cómo llegamos hasta acá—dijo—. Pasa el tiempo, y nadie se lo pregunta porque no hay respuestas.

Aswimi tenía razón. Ni siquiera sabíamos quién nos estaba haciendo esto. Solo sospechábamos de “El Escritor”, porque controlaba la TV, la radio, los periódicos, casi todo y la gente parecía adorarlo como si se tratara de un mismo presidente.

—Además, tú sabes que solo sabemos a quién le sirve la policía y lo que está prohibido hacer, no sabemos nada más—agregó—. Ni siquiera podemos recordar algunas cosas, ¿recuerdas lo que le pasó a Matías el otro día?

—Lo sé, y yo tampoco recuerdo nada—admití—. ¿Pero tú como recuerdas haber nacido allá?

—¿Tú no sabes dónde naciste? —me preguntó sorprendida.

—No—negué.

—¡Wao! —exclamó Aswimi, decaída—. Todos al menos recuerdan eso de sus vidas. Hasta donde sé, Anoki es coreana, Matías es colombiano, del resto no lo sé... Yo solo quiero saber de ti, dime ¿qué es lo que recuerdas?

—Sonará un poco ilógico, pero solo sé que vivo aquí—dije, melancólico—. Eva me dijo que me había adoptado luego de que mis padres me abandonaran, pero luego ella también me abandonó y ahora tengo esta gran casa. En realidad, no sé quién soy, Aswimi.

—¿Y alguna vez has intentado irte de La Ciudad?—preguntó susurrante.

—No—dije—. ¿Por qué?

—Yo sí—aseguró.

Ella me contó algo que reforzó la teoría de que nadie podía abandonar La Ciudad. Me dijo que cuando estaba pasando hambre en las calles, lo primero que intentó fue abandonar, irse lejos y falló.

—Fui hasta el inicio, a la entrada principal. Justo al lugar donde está el aviso de «Bienvenido a La Ciudad» junto a la gran equis blanca—dijo al terminar de comerse las uñas—. Estaba desesperada, iba llorando por toda la vía y cuando vi ese aviso, empecé a correr en esa dirección. Me encontraba sulfurada, de verdad estaba ilusionada con la idea de que podía irme, pero al llegar a la marca, algo extraño me pasó. Después de haber estado llorando, me reí a carcajadas y de pronto mi cuerpo me pidió regresar. Le obedecí inconsciente, di la vuelta y empecé a correr de regreso a La Ciudad. Cuando pude

detener mi cuerpo, me sentí recuperada, aliviada pero supe inmediatamente que había perdido el control, y me produjo miedo. Entonces lo volví a intentar no sé cuántas veces y volvió a pasar exactamente lo mismo. Nunca podré saber lo que hay más allá de la gran equis blanca.

Aswimi era una buena persona. Ella no tenía nada pero empezaba a tener algo conmigo, sé que si hubiésemos podido escapar lo habríamos hecho desde un primer momento, sé que la hubiera ayudado en todos sus problemas. Al menos eso hice cuando la conocí, su propósito era llegar a mi casa y sanarse, yo en el fondo estaba preparado para cuando llegara ese momento en el que ella se iría definitivamente, tenía tanto miedo de perderla sin demostrarle lo que yo sentía, quizás así se quedaría un poco más, quizá así me amaría un poquito. Yo la busqué las veces en las que se escapaba, pero nunca tuve éxito. Pero al final, ella sí se fue, se perdió, fueron tiempos difíciles para mí, pero antes de eso, estuvo algún tiempo más conmigo, me regaló momentos que yo necesitaba para entender que entre toda una ciudad llena de porquería, aún estaba vivo.

No dormí. Durante toda la noche no hubo luz. En la oscuridad solo pensaba mi vida antes y después de

Aswimi y así se me pasaban las horas. Me sentía tranquilo, las cosas estaban cambiando para bien, gracias a ella.

Cuando miré el reloj la última vez esa madrugada, eran las 4:43 a.m. Me levanté de la cama y me paré para abrir la ventana del balcón de mi habitación que daba a la calle. La brisa fría ululaba y los perros se escuchaban ladrar no tan lejos. La piel se me erizó por completo y me cubrí con una de las cobijas. Observaba a lo lejos, respiraba el mismo aire de mierda pero valía la pena despojarme del calor que había hecho horas antes.

Entre tanta oscuridad, noté un carro que estaba parqueado justo sobre el jardín de la casa. Observé cautelosamente la situación, se podía ver desde el balcón que había alguien allí dentro, no podía ver de quien se trataba y mucho menos el color del carro, eso me produjo miedo, ya nos habían pasado cosas muy extrañas como para no estar alerta.

De repente, el auto encendió las luces y supe que era rojo.

—¡Ey! ¡Pecador!—escuché a alguien gritar desde el interior del auto, pero no tardé un minuto en identificar la voz chillante de Eddy—. ¡Primo! ¡Ábreme!

«Mierda» fue lo primero que pensé. No quería hablar con él y ni siquiera lidiarle o verle en pintura, hubiese preferido que se tratara de otro aparato extraño y escandaloso que de él. Aún no lograba entender qué hacía a la afueras de mi casa a esas horas.

Lo vi salir del auto con torpeza, casi se cae en el césped. Eddy siempre caminaba medio atolondrado, era de piel blanca, muy muy blanca. Era un larguirucho de pelo rojizo y pecas por toda la zona de la nariz. De hecho, su físico era un punto más que evidenciaba que él no era nada mío. Él y yo éramos un tanto diferentes, yo también alto pero de cabello negro, de contextura gruesa y sin una sola peca. Definitivamente él estaba chiflado con eso y con todo lo que hacía. Nada más había dañado lo que quedaba del jardín. Se paró enfrente de su auto que aún tenía las luces encendidas.

—¡Es importanteeeeee! —gritó con las manos alrededor de la boca—. ¡Te lo juro por mi vida!

—¿Qué es lo que quieres? —le dije muy despacio desde el balcón con la intención de no despertar a los demás.

—¡Ábreme, Tony! Por favor, créeme que si no fuera importante no estuviera perdiendo mi sueño aquí—suplicó en un tono de voz más convincente.

Definitivamente con eso me había convencido. Le abrí la puerta con cuidado, entró acelerado y con la frente sudada.

—Gracias—dijo dándome un beso en la frente, la cual me dejó llena de sudor. Asqueado me sequé de inmediato.

—¿Qué quieres?—le pregunté.

—¡Necesito que despiertes a todos ya!

—No, no, no, si estás fumado y vas a venir con tus locuras, es mejor que te vayas—le dije abriéndole la puerta de nuevo.

—¡No, Tony!—negó moviendo la cabeza varias veces—. Te aseguro que no he fumado nada.

—Dime, entonces.

—¿Quieres ver el sol?—me preguntó.

Realmente me quedé paralizado. No sabía que responderle, al principio creí que estaba jugando conmigo pero terminé creyéndole. Me dijo que sabía dónde encontrarlo, que no duraba mucho pero que podríamos disfrutarlo tan solo un instante. Inmediatamente subí emocionado hasta la habitación de Anoki y la desperté. No quería levantarse pero le empecé a dar besos en la mejilla hasta despertarla. La luz del carro de Eddy se filtra por las ventanas y alcanzaba a alumbrar gran parte

del pasillo de las habitaciones. Cuando Anoki salió de su habitación me reí de ella porque sus ojos rasgados se veían aún más chiquitos.

—¿A dónde vamos?—preguntó malgeniada.

—¡Iremos a ver el sol!—le dije—. Espérame en el carro de Eddy, él está allá abajo.

Ella dijo «Bueno» y se dirigía hacia el final del pasillo. A Matías ni siquiera se le tuvo que avisar, solo lo vi cuando salió de su cuarto con su pelo rizado y despeinado, y se cruzó con Anoki en el pasillo. Se dijeron algo y él le rodeó el brazo derecho por encima del hombro hasta bajar por las escaleras. Realmente nunca me fijé que ellos dos se la llevaban tan bien.

El próximo objetivo era despertar a Aswimi. Fui hasta su habitación, volví a encender una de las velas y me arrodillé al borde de su cama, muy cerca de ella. La observé por un momento y le llamé a susurros. Se estremeció, abrió los ojos y me dijo «¿Dormí mucho?». Le dije que no y le expliqué lo que estaba pasando abajo. Ella no podía creerlo porque pensó que había dormido tan solo unos diez minutos. Se emocionó por la idea de ver el sol y no sé de dónde sacó fuerzas para brincar en la cama. Se le notaba el brillo en los ojos mientras me preguntaba: «¿Es enserio?, ¿es enserio?». Cuando se

bajó de allí corrió por toda la habitación para colocarse un blue jeans, y salimos de inmediato.

Abajo ya se encontraba Charlie, no supe quien lo había despertado pero supuse que fueron Matías y Anoki. Charlie estaba peinándose el pelo en el espejo retrovisor del auto, y vi cuando Eddy le pasó la mano por la cabeza para despeinarlo y éste se enojó dándole un golpe en el cogote. Algo particular de él, era que se cuidaba mucho el cabello, el cual era de un color raro, había días en el que se le veía castaño y en otros era medio rubio. Siempre lo conservaba limpio o eso aparentaba, porque a veces usaba una gorra que olía a micos. Eso lo dijo Karen un día, donde vimos que intentó ponérsela pero asqueada la tiró lejos de ella.

Respecto a Karen, ella aún se encontraba dormida. Nadie la había despertado. Me sentí mal cuando Eddy se ofreció a ir.

—Yo la despertaré y nos vamos de inmediato— dijo dirigiéndose hacia las escaleras.

—No, no, no—le retuve agarrándolo por la camiseta—. Es mejor que yo vaya porque si te ve a ti, te juro que ella te sacará a patadas.

Eddy me dejó subir por Karen. Despertarla fue fácil, convencerla fue difícil, Karen era una persona muy

escéptica y desconfiada, ella no se dejaba meter los dedos en la boca de nadie. Prácticamente me tocó llorarle para que nos acompañara. Aunque quiso sacar excusas dijo algo que me hizo sentir mal, no me gustaba ver a una mujer llorando y Karen a pesar de ser tan dura, en esa madrugada se le aguaron los ojos y le vi salir una que otra lágrima al decirme que se sentía mal por lo que le había hecho a Aswimi.

—¿Y ya sales con ella Tony?—me preguntó con la voz quebrada.

No le quise contestar, solo moví los hombros. Para mí, no era el momento para hablar de eso. Quería confiar en Eddy y si lo que él decía era cierto, los necesitaba a todos conmigo. No podía dejarla a ella atrás.

—¡Lo siento Tony! —se levantó de la cama y me abrazó llorando—. Yo no quería hacerle daño, yo no quería.

—Lo sé, lo sé, mi amiga—le dije, dándole unas palmaditas en la espalda para que se tranquilizara—. Solo debes decírselo a ella.

—Eso haré—afirmó—. Te lo prometo, Tony.

Duramos un rato más abrazados y al rato, Eddy ya nos pitaba el carro para apurarnos. Karen no alcanzó a alistarse de un todo porque salimos muy rápido.

Cuando la vi a la luz del auto, estaba extremadamente despeinada. Karen era una afro, de porte alto y piernas largas. A veces, usaba un turbante en la cabeza que la hacía ver como una musa, ¡y vaya qué hermosa era! Nunca había visto una mujer más segura que ella.

—¡Súbete rápido!—le gritó Charlie desde el interior del auto y Matías soltó una carcajada.

La agarré de la mano y se sentó en el copiloto. Yo me subí atrás con los chicos junto a Aswimi. Los chicos iban extrañamente en silencio, en especial Anoki. El trayecto de mi casa a la estancia de Eddy no era muy largo, en cuestión de minutos ya estábamos allá. Matías de repente se atrevió a preguntar.

—¿Para dónde vamos?

—A mi casa, solo síganme y allá les explicaré por qué hoy están aquí—dijo sintiéndose importante.

Sentí que nos estábamos demorando en llegar y los chicos también. Eddy había dado muchas vueltas, me estaba desesperando. Anoki ya llevaba un buen rato dormida en el pecho de Charlie, quien iba roncando con la boca abierta. Tenía ganas de reclamarle por qué tanta demora, pero me di por enterado que habíamos llegado cuando el tonto frenó en seco y todos despertaron.

—¡Ya llegamos!—dijo bajándose inmediatamente del auto—. ¡Vengan a ver!

Nos bajamos apresurados del auto, nunca me di cuenta en qué momento la oscuridad se había ido. El ambiente se veía ahora con una tonalidad entre gris y azulosa. Habíamos llegado a los campos abiertos de la estancia de Eddy, estábamos cerca a las montañas, cerca de un viejo maizal. Eddy nos pidió sentarnos en unas sillas playeras que tenía preparadas para nosotros. No había nadie más, solo nosotros 7.

Nos sentamos y Eddy se puso en cuclillas frente a nosotros.

—Escuchen... —dijo muy concentrado—. Hace un año que no vemos «algo», que nos hace falta ahora pero que, justo hace un año lo odiábamos—agregaba mirando a cada uno a los ojos—. Eso de lo que les hablo, no lo queríamos sentir en nuestra piel, nos cubríamos de él, lo maldecíamos, pero ahora ¿cuánto no daríamos por tenerlo tan solo un segundo para nosotros? ¿Cuánto no daríamos por sentir su calor rozando nuestra piel tan solo un instante? ¿Acaso somos tan desagradecidos con la naturaleza que nunca fuimos capaces de valorar algo que era esencial en nuestras vidas?

Eddy se quedó mirando lejos un momento y todos guardamos silencio.

—No tienen que responder nada—continuó con los ojos llorosos—. Alguien nos arrebató ese «algo» en esta ciudad, nos están castigando o tal vez es solo una prueba. Hace algunos días, luego de una fiesta en mi casa, me vine hasta este lugar y no sé si eran por los tragos pero sé que lo vi marcharse por aquel horizonte—señaló detrás de él por encima de su hombro—. Ese día me quedé extrañado y luego me fui a dormir, pero cuando desperté no dejaba de pensar en ese momento. Al principio, pensé que se había tratado de un sueño, pero esa misma noche regresé y me desvelé toda la madrugada, ¡y no van a creer lo que sucedió!

—¡Yo te creo lo que sea!—dijo Matías llorando mirando hacia el horizonte.

—¿Qué crees?—preguntó Eddy, confuso.

—¡Oh por Dios!—gritó Karen levantándose de la silla—. ¡Párense, párense!

Me levanté de la silla y allí estaba el sol, recién asomándose. Lo estábamos viendo por primera vez después de tanto tiempo y no podíamos creerlo. Era real, muy real y solo para nosotros, lo observábamos conmovidos, porque realmente era hermoso, tal vez era un

amanecer que no volveríamos a ver jamás, era el único que se sentía verdaderamente real en La Ciudad.

Aswimi lloraba de felicidad y me extendió la mano diciéndome «¿vamos?» a lo que yo sonreí recibíendosela. Nos fuimos corriendo hacia el horizonte y todos los chicos nos siguieron el paso. Empezamos a correr por todo el campo, ellos estaban gritando de alegría y no dejaban de correr en círculos. Aswimi me sostenía de las manos y nos mirábamos a los ojos mientras dábamos vueltas y vueltas sin soltarnos.

De repente, Karen nos detuvo y Aswimi se asustó, pero al instante Karen le extendió su mano y se sonrieron. Karen la agarró de la mano y la llevó a correr en dirección al sol. Matías las vio gritarle a sol y se fue detrás de ellas y las abrazó a ambas. Para ser sincero, cuando vi eso se me salieron las lágrimas de felicidad, puedo jurar que era felicidad infinita. Ellos me hacían verdaderamente feliz.

El sol salía, cada vez más rápido. Podíamos experimentar de nuevo el calor en nuestra piel, podíamos sentir finalmente que éramos parte de la vida, de la tierra, de la naturaleza, del mundo de afuera. No sabíamos cuánto duraría y temí de ello, pero Anoki, Eddy y Charlie me llamaron. Fui hasta ellos y los vi llorar a todos, se me

rompió el corazón en un instante. Aswimi nos gritó desde lejos «¡No sean llorones!» y soltamos una risotada. Eddy me miró a los ojos y en un grito me dijo «¡Primo!!!» seguido de una carcajada, me pareció chistoso pero me llenó de nostalgia. Él no tenía familia, tal vez quería tan solo tener algo parecido a un hermano y «el cretino» entonces era yo. Y nadie lo creería cuando diga esto, pero me sentí muy bien cuando le devolví el grito con la misma fuerza que él lo había hecho. Y cuando él me escuchó decirle «Primo» por primera vez, se emocionó a gritar como loco. «Lo aceptó, lo aceptó» decía, los chicos lo miraban emocionados y se rieron de mí. Me sentí apenado pero al igual que Eddy, yo solo los tenía a ellos. No era su culpa estar solo.

Al rato, todos retornamos al lugar de las sillas, nos habíamos agotado de tanto correr. Así que nos sentamos en el césped para seguir observando el amanecer, y aunque suene triste, el sol no tardó un minuto más en irse, se había ocultado entre las mismas nubes grises que solían cubrir a diario la ciudad. Ya había llegado un nuevo día y a todos nos cambió el semblante de inmediato, aquello nos había afligido.

—Al menos lo disfrutamos un momento, ¿no? — preguntó Charlie entusiasmado.

—Sí, es cierto—asentimos todos satisfechos.

Eddy se levantó del césped y se paró frente a nosotros. A él le pareció que estábamos tristes y entonces dijo:

—¡Hagamos una fiesta esta noche!

—¿Fiesta? ¿Y de qué?—preguntaba Karen entre risas.

—¡De lo que sea!—dijo gozoso—. ¡Celebremos esto!

—¡Entonces que así sea!—accedí.

— *“El Escritor”*

14

TONY, PT. VIII

—¡Por fin terminamos!—exclamé esperando que se diera por bien servido.

—No, no, aún no—dijo temeroso.

El viejo panadero tenía la esperanza que siguiera haciendo el trabajo por él, ¿acaso no era capaz de crear una historia por sus propios medios? ¿No se supone que los escritores inventan historias? Este tipo era como una sanguijuela, ya le había dado tres capítulos concluyentes y aun así quería más. Ni siquiera tuve que leer la porquería que él había escrito para saber que solo tendría que hablarle sobre Aswimi, esa era su musa.

—Viejo, invéntese el resto—le sugerí—. Ahora dígame, ¿dónde está ella?

—Termina de narrarme y te digo.

—Pero si al final de cuentas para la gente todo será ficción—dije—. ¡Invéntate el resto!

—No, yo quiero saber...

—¡Jódete!—le interrumpí—. ¡Dime donde está!

15

EL MAIZAL, PT. I

23 de septiembre – 2028

El 23 de septiembre, lo recuerdo muy bien. Ese día vimos el amanecer y en la noche fue la fiesta en casa de Eddy, también fue la noche en la que ella se perdió en La Ciudad.

Anoki y yo habíamos ido por la mañana al centro a comprar comida, ya que las tiendas 23 y 24 estaban desaparecidas de nuestra zona. El día estaba... ni para qué hablar de ello, era lo mismo de siempre. Anoki iba parlotando como era de costumbre, jadeante. Yo tenía puesta mi atención en las demás personas, en lo que la gente veía en las tiendas y el resto.

No notamos nada extraño, cuando ya habíamos terminado de comprar y nos devolvíamos a casa caminando, nos cruzamos con un edificio colosal, en su gran entrada tenía un aviso colgado con letras volumétricas en acero que decía «El Escritor».

El edificio fácilmente se podía ver de lejos, era el más grande de toda La Ciudad, pero nunca habíamos visto aquel letrero, se notaba que estaba recién hecho. Anoki y yo presentimos inmediatamente que algo estaba por pasar, algo bueno o tal vez malo. Luego de eso, tuvimos la esperanza de tener respuestas pronto sobre lo que estaba sucediendo pero nunca llegaron. Del dichoso escritor, habíamos escuchado un rumor que decía que era el único dueño de todo.

Desde que tengo memoria, nos habían dicho que nadie tenía que seguirlo a él, solo teníamos que cumplir las reglas que estaban establecidas anónimamente en La Ciudad para vivir en armonía y disfrutar del «paraíso». Respecto a esas reglas, iban desde no cometer suicidio o presentar comportamiento suicida, asesinato y hurto, hasta una prohibición sobre realizar búsquedas de desaparecidos o intentar salir de La Ciudad, pero además, habían otras dos muy extrañas: no comentar absolutamente nada con nadie sobre anomalías vistas durante «el proceso» y no producir ni escribir material que nos ayudara a liberar alguna emoción o sentimiento. Las personas que incumplieran este tipo de «reglas», iban a ser reclutadas... ¿Por quién? ¿Por qué? Nunca lo supimos.

Después llegaron las desapariciones, se esfumaban de repente comunidades enteras sin dejar rastro. Algunas personas lloraban a sus desaparecidos pero la policía se encargaba de ellos, no para ayudarlos si no para asesinarlos y dejar claro que las reglas debían cumplirse, incluso en la adversidad. Creo que lo mejor que debíamos hacer era dejar que las cosas pasaran. Nos sembraron terror desde el inicio. Y luego, desapareció mi Eva, la busqué en silencio por toda la ciudad pero nunca la encontré. Supe una historia de su desaparición en el periódico y finalmente me di por vencido, tuve miedo de ser asesinado.

Cuando conocí a los chicos, supe que ninguno tenía familia y que todos habían roto al menos una regla o dos, tal vez por eso estaban en mi casa, allí habían encontrado un refugio y gente con la que se sentían encajados. Una vez que no había luz por nuestro sector, nos reunimos en una de las habitaciones y comentábamos que quizá el famoso escritor, del que se rumoraban tantas cosas, era el único que podía darnos respuestas de todas las cosas raras que pasaban en la ciudad o decirnos donde se encontraban nuestras familias, o al menos aclarar el origen de las reglas y así saber cuáles eran sus

objetivos. Pero esto fueron solo suposiciones, no teníamos una base sólida para saber que en realidad se trataba de él, pero Aswimi nos alimentó la teoría, ella nos dijo que cuando la raptaron por la búsqueda de su hermano, escuchó a la policía hablar sobre “El Escritor”, desde allí ella creyó que él era quien daba las órdenes.

En resumen, estaba confirmado que alguien tenía poder en La Ciudad, y solo resonaba el famoso personaje por todos lados: “El Escritor”. La gente empezó a quererlo, porque era el único que podía escribir, lanzar novelas, cuentos, revistas, todo tipo de material editorial, incluso, tenía control sobre la radio y la televisión. Todo tenía su sello, pero nunca nadie lo había visto.

Anoki y yo nos miramos asombrados ante el gigantesco letrero del edificio. En las afueras no había ni una sola persona, solo estábamos ella y yo. La vi temblar de escalofríos y me lo hizo saber.

«¿Le diremos algo sobre esto a los chicos?» fue lo primero que le pregunté. Ella se puso pálida, me miró con los ojos bien abiertos y negó con la cabeza. Luego nos fuimos caminando rápidamente y en silencio hasta llegar a la casa. Cada uno entró a su respectiva habitación y no nos volvimos a ver hasta por la noche.

9:50 p.m., 23 de septiembre – 2028

Aswimi y Anoki se encontraban en el cuarto de Karen. Las chicas habían decidido cambiarse juntas. Yo estaba en mi habitación parado frente al espejo terminando de ajustarme una chaqueta de jean, cuando Charlie entró a verme. Me dijo que quería hablar algo conmigo.

—¿Crees que me veo bien? —preguntó.

Traía puesta una chaqueta de cuadros por encima de un suéter negro, junto a un jean de color azul oscuro rasgado por algunas partes y unos zapatos blancos.

—¿Para Anoki? —le pregunté.

—No—negó rápidamente, para luego soltar una sonrisa.

—Sí... te ves ordinario—le dije—. ¿Necesitas algo más?

—Dime, ¿qué te traes con Anoki?

Su pregunta fue directa y en un tono violento. Fue un tanto confuso para mí porque él sabía que yo salía con Aswimi. Anoki para mí era alguien especial, yo no podía sentir más que una amistad por ella.

—¿A qué te refieres exactamente?—le dije con la frente erguida—. ¿Qué me traigo de qué?

Charlie me miró, arrugó el ceño y luego lanzó una carcajada.

—¡Te estoy molestando Tony!—exclamó entre risas—. Deja de ser tan amargado y no te cagues la noche.

No me había hecho ninguna gracia el chiste de Charlie y ya empezaba a creer que lo pendejo no se lo quitaría nadie. Él se la pasaba echando bromas casi siempre con el fin de molestar a la gente, pero entre todas las cosas lo que sí me hacía reír, era esa risa burlona que tenía.

—Mira Tony—sonrió, se paró a mi lado junto al espejo—, somos hombres; atractivos, con buenas mujeres, una casa, un carro, ¿Qué más podríamos pedirle a la vida?

Charlie sonó bastante pretencioso. Él era creído y un tanto coqueto con las mujeres. Yo lo miré extrañado a través del espejo, y al hacerlo me di cuenta que Matías también se encontraba parado detrás de él, frotándose un ojo con la mano. «¿Qué haces aquí?» le pregunté pero al instante Karen abrió escandalosamente la puerta de su habitación y en un grito dijo: «¡¿Ya están listos?!». El vozarrón que tenía esa mujer, fue lo que marcó el

inicio de aquella emocionante, triste y extraña noche que nunca voy olvidar.

Llegamos a la estancia de Eddy en mi carro, ese mismo al que nunca le arreglé el parabrisas desde el incidente con las botellas voladoras. Aswimi se había bajado del carro y su belleza no dejaba de impactarme, no se había puesto nada del otro mundo. Apuesto que ella sabía que no necesitaba de ropa extravagante para lucir tan bella. Recuerdo perfectamente su naturalidad de aquella noche, su ropa y accesorios, cada detalle. Era imposible olvidar su falda de color azul cielo que combinaba con una blusa blanca, de manga corta y mínimo escote frontal que la hacía ver un poco mayor de sus 19 años.

Cuando entramos a la sala principal, Eddy nos recibió emocionado y nos abrazó a todos. Él olía completamente a alcohol, tenía el cabello y la camiseta mojada, de sudor. En el salón había muchísimas personas, quizá unas doscientas. Todo el lugar estaba de cabezas, parecía una fiesta en casa de locos.

Eddy estaba acompañado de una joven con un particular maquillaje de ojos que captó mi atención por completo, mucho más que el color rojo fuego de su cabello. Ella traía un delineado líquido negro que en el

borde superior del ojo, se extendía un poquito más afuera de la esquina externa, lo cual la hacía ver como si tuviera los ojos rasgados. Su estilo, la forma de vestir y el intenso color rojo de sus labios, me dejaron impactado.

—Ella es Osiris—dijo Eddy en plena borrachera al presentárnosla.

Aswimi le extendió la mano derecha, pero ella no se la recibió.

—Mmm... Oriana—dijo en un tono de voz monótono al corregir a Eddy. Su mirada traía un toque de desprecio.

Su nombre nos deslumbró desde un principio, era muy extraño pero la dimos por extranjera, por nueva en La Ciudad. Al rato Oriana se retiró sin despedirse, y le consultamos a Eddy sobre ella pero ese loco no sabía ni de quien se trataba y apenas nos dijo: «No-lo-sé. Solo quería que la vieran, se parece a *Amy Winehouse*, pero roja». Nos quedamos atónitos ante eso y decidimos separarnos para disfrutar de la fiesta. Quedamos en volvernos a encontrar en ese mismo lugar cuando el reloj marcara las 2:30 am para devolvernó a casa. Yo me quedé junto a Aswimi, Charlie con Anoki y Karen con

Matías, todos se fueron a lugares diferentes de la estancia, pero para ser sincero, nunca vi llegar la hora.

— *“El Escritor”*

16

EL MAIZAL, PT. II

24 de septiembre – 2028

Sumergido, en el mar, en lo más profundo, en su oscuridad, en el misterio que guarda la oscuridad. Solo allí se empieza a valorar la vida, el alma, cada latido de nuestro corazón y cada respirar. Cientos de personas murieron de esa manera, allá afuera, muy lejos de la ciudad. Los informes de la tv, los periódicos, todo los medios que nos brindaban información, nos confirmaban las crueldades de la humanidad, las guerras, los eventos naturales que devastaron gran parte de la tierra y lo triste de Noruega. Todos sabíamos que el mundo había cambiado y que alguien estaba salvándonos, pero a la vez nos estaba matando anónimamente. Las extrañezas de la ciudad nos consumían poco a poco, la lluvia me tenía cansado, triste. Quería ver el sol, quería sentirlo de nuevo. Hubiese dado mi vida por haber sido despertado por eso en vez de una torrencial y mezquina lluvia.

Desperté ahogándome, con la nariz metida en un gran charco de barro y temí morir. Tosí varias veces, me salió agua y tierra de la boca. Los ojos nunca me habían ardido tanto que en aquel despertar. Intenté levantarme, me desdoblé y caí sobre mis rodillas, me dolía todo el cuerpo. Como pude me puse boca arriba y pensé en el universo, en las gotas de lluvia que ahora caían sobre mi rostro y en cómo hubiese preferido morir afuera, tal y como aquellos al fondo del mar, que tener que vivir sin recuerdos bajo un aguacero en tierra por toda la eternidad. La vida, el alma y el resto, no se pueden valorar cuando no sabes quién eres.

Estaba descamisado, con el cuerpo lleno de barro y en medio de un maizal viejo, dañado. Quise levantarme de nuevo y solo al tercer intento, tuve éxito. Caminé despacio y miré mi reloj, eran las 5:03 a.m.

5:03 a.m., 24 de septiembre – 2028

Matías recién había despertado cerca de mí, estaba sonso y con los ojos apagados. Me hizo una seña de que mirara para al frente, me había señalado a Anoki. Ella también estaba sucia de barro, su chaqueta verde oliva no se podía casi distinguir entre la suciedad. Fui

rápidamente hasta ella y le pregunté qué había pasado, y llorando solo dijo: «No lo sé». Le ayudé a levantarse del lugar y caminamos a donde Matías, pero muy lejos de él, vi el turbante de Karen. Me preocupé y corrí como pude hasta alcanzarlo. Grité su nombre desesperado y temí de perderla a ella, temí de perderlos a todos pero no temí perder a Aswimi, en el fondo sabía que ella, ya no estaría con nosotros.

Continué buscándola, y la vi tirada cerca de donde finalizaba el maizal, a unos cien metros más o menos de donde yo me encontraba. Corrí de nuevo, el cuerpo me dolía tanto que ya había empezado a cojear de una pata. Me acerqué a ella y la vi amarrada de una cuerda, estaba atada al pie de Charlie. Me agaché para verle de cerca y despertarle, pero abrió los ojos de repente y absorbió con fuerza todo el aire que pudo en tan solo un respiro. Sentí que ella se me había tragado el aliento. Le pregunté que nos pasó pero respondió exactamente igual que Anoki: «No lo sé».

5:20 a.m., 24 de septiembre – 2028

La lluvia se había detenido. Me regresé hasta la estancia junto a Anoki. Aswimi efectivamente no estaba

en el maizal. La habíamos buscado en todos los lados posibles de la casa, algunos de los borrachos admitieron haberla visto saliendo de la casa por la madrugada con un buzo naranja y una bufanda azul. Eso nos sonaba tonto, ella no había ido vestida de esa manera. Pero luego pensamos que por tratarse de gente en estado de alicoramiento o quien sabe qué cosas más, la estaban confundiendo, y no por eso dejamos de preguntar, sino más bien porque uno de ellos nos advirtió reportarnos a la policía por hacer búsquedas de desaparecidos.

Anoki se alarmó. Le dije que tomáramos las cosas con calma y me acompañara a un lugar que yo solo sabía dónde ella podría estar: la playa.

5:40 a.m., 24 de septiembre – 2028

Habíamos llegado a la playa. Anoki y yo empezábamos a gritar su nombre por todas las partes posibles. Tenía la esperanza de verla, de encontrarla, pero al final desistí de la idea. Nuestros esfuerzos habían sido inútiles y no valía la pena seguir gastando la poca energía que nos quedaba en la búsqueda de alguien que vivía desapareciendo cada vez que quisiera. Pensar de esa manera,

me hizo sentir como una mala persona, pero fue realmente necesario para darme cuenta que, ya me había cansado de buscarla.

— *“El Escritor”*

17

LEPIDÓPTERA, PT. II

5:56 a.m., 24 de septiembre – 2028

La miré fijamente a los ojos, le sonreí desganado y el semblante le cambió, un poco.

—Vayamos a buscarla una vez más al maizal Tony, quizá ya haya regresado—Anoki pareció decirlo con el corazón entre las manos.

Podía notar en ese tono de voz tan delicado y tímido, que le dolía verme sufriendo por ella, pero solo le dije que no. No quería seguir buscándola, ya estaba cansado.

—No, Anoki—le dije rodeándola con mi brazo por encima del hombro—. Devolvámonos a la casa.

—Está bien.

6:45 a.m., 24 de septiembre – 2028

Aquella mañana había amanecido fría y con una lluvia que parecía a primera vista, interminable. Abrí la ventana de mi habitación, un aire viejo la atravesó y pareció dividirla en dos: por una parte, se sintió seco, artificial y tan difícil de respirar, por el otro duro y nostálgico como si me hubieran arrancado alguna parte del pecho.

Un esbozo más me indicaba que debía desayunar. Llegué a la cocina, abrí el refrigerador y escuché el silencio, ya había escampado. Llegué hasta la puerta, noté que el paraguas de Aswimi no estaba en el perchero y salí a la calle. En mi interior sentía que alguien me susurraba, tenía una extraña necesidad de salir a buscarla.

Caminando varias calles arriba, pensaba en un lugar donde podría desayunar tranquilo, un lugar donde podría estar en paz, pero la ciudad se sentía extraña esa mañana. Miré varias veces al horrible cielo grisáceo, me alivié porque no llovía.

Al poco rato me detuve en un andén a observar aquel lugar, era la panadería vieja de Joe, esa misma que extrañamente refleja cierta oscuridad y claridad, ambas cosas a la vez.

En el despacho del lugar vi a Joe. Me miró con asombro, arrugó el rostro y me dijo «¿Qué haces tan temprano aquí muchacho? Tienes cara de muerto». No me importó eso, solo me concentré en lo que consideré importante para mí en ese momento: la desaparición de Aswimi.

—Joe, ella se volvió a perder—le dije con los ojos llorosos.

—¿En La Ciudad? —preguntó.

—Sí, en el maizal—le respondí agitado.

—¡No importa!—dijo—. Guarda silencio y vete para la casa muchacho, ¡vete para la casa!

— *“El Escritor”*

18

TONY, PT. IX

—Busca el edificio de “El Escritor”. Es el más grande que verás en toda La Ciudad. Cuando llegues, probablemente nadie te reciba. Tocas el timbre de la entrada e inmediatamente tendrás acceso al interior del edificio. Al ingresar, te verás rodeado de puertas blancas o rojas, solo sigue hasta el final del pasillo y darás con él—indicaba el viejo rascándose la barba, él parecía estar seguro de lo que decía pero yo no.

—¿Por qué quieres que haga eso?—le pregunté extrañado.

—Porque Aswimi está allá—aseguró—. “El Escritor” es la única persona que podrá ayudarte, él te dará todas las respuestas que desde hace tiempo estuviste buscando, Tony.

—Pero si usted hace un rato me dijo que él era un ladrón—dije—. ¿Cómo puede retractarse tan rápido sobre alguien que es tan deshonesto como usted afirmó?

El viejo se puso a mirar los escritos, sonrió vivazmente y luego volvió a mirarme.

—Él roba historias porque le toca—afirmó—, pero él es una persona muy buena Tony, muy, muy buena.

19

ZURUMBÁTICO

— “Joe”

20

TONY, PT. X

«¡Corre!» me repetí una y otra vez, luego una más, solo una vez más: «¡Corre!», pero... «¿Por qué correr?» me cuestioné un poco más tarde. Pensé que, probablemente lo hacía por mis ganas de llegar hasta “El Escritor” y por fin verla a ella. Moría de ganas por preguntarle las razones por las que se había marchado, necesitaba saber por qué nos había abandonado en el maizal.

Eran quizá las 4:22 pm cuando salí de la casa de ese panadero embustero, me detuve en un paradero de buses después de estar corriendo, miré a mí alrededor, y la ciudad ya empezaba a ponerse de cabeza. En los alrededores de la calle principal, había muchas personas, se les veía hablar y reír de cosas, estaba bastante transitada y había muchos carros particulares y buses por todos lados, era la vía principal que conectaban hasta el norte. Desde el lugar, se observaban las principales edificaciones, pero entre todos sobresalía el enorme edificio de “El Escritor”.

Al rato, algo en el panorama se me hizo inusual, era la primera vez que observaba un «movimiento» en tiempo real. Este tipo de eventos aún eran desconocidos por la famosa sociedad, nadie tenía idea de qué eran exactamente, y fue la razón principal para que se les empezara a llamar popularmente como «los movimientos» y por supuesto, como todas las cosas en esa ciudad, ya era tomado como algo normal.

Creo que ya había mencionado que todo, absolutamente todo se movía de su lugar y se plantaba en otro, sin explicación lógica alguna, solo pasaba en determinados momentos del día, pero antes del anochecer, las cosas se descontrolan un poco, cuando la gente despertaba, ya vivían en una zona diferente de La Ciudad, a mí nunca me pasó, creo que mi casa fue de los pocos lugares que afortunadamente no se movieron nunca de su lugar original, por eso no nos afectó de ninguna manera que este tipo de eventos sucedieran constantemente, pero sí fue un tema de suma preocupación en algún momento.

—Joven...—una señora bajita de cabello rubio y con una sonrisa de oreja a oreja me había tocado el hombro—. ¿Tiene la hora? —preguntó.

—Son las 4:24—le dije.

—Oh, gracias joven.

Esa señora, me pareció muy amable, me recordó a alguien y le sonreí para hablar con ella un momento, pocas veces tenía contacto con la gente que habitaba en La Ciudad, así que aproveché la ocasión y le pregunté si podía notar el edificio que se estaba «moviendo», y lo que me respondió no fue lo que me dejó completamente perplejo, si no fue su actitud a la hora de lanzar la expresión. La señora estaba estática, tenía la mirada puesta en el edificio en cuestión y con su gran sonrisa como si nada le sorprendiera, dijo: «Yo no veo nada, joven».

Me preocupé, la toqué en el brazo para ver si le sucedía algo y le dije «¿Se encuentra bien?». Ella se volvió de nuevo sonriente a preguntarme si tenía la hora, me asusté un poco más y decidí alejarme de ella lo más rápido posible, y mientras lo hacía, la escuché lanzar frases como «Oh, gracias, joven», «Gracias chicos, gracias», de manera muy programada.

Seguí caminando sin voltear y presentía que eso apenas había sido el comienzo. No había pasado unos cuantos minutos de estar caminando, cuando me encontré absolutamente solo en las calles, toda la multitud había desaparecido en cuestión de minutos. La Ciudad parecía haber muerto en un instante, eso me produjo te-

rror y aceleré el paso, lo único que faltaba para generarme más horror era la lluvia, realmente me cuestionaba inquieto «¿de dónde salía tanta agua?», porque las nubes siempre estaban cargadas, listas para atacar.

Si existiera un mapa donde se pudieran ver los lugares en donde la gente presenta más actividad, apostaría porque este sería el más desolado de toda la ciudad. Entre más rápido caminaba, sentía que iba acercándome de nuevo a otro grupo de gente. Al otro lado del andén, vi a algunas personas leyendo el periódico. Algunos vendedores de cigarrillos repartían periódicos gratis. Cuando vi eso, una persona pasó por mi lado derecho con la cabeza enterrada en el papel que traía extendido con las dos manos, leyendo al parecer la noticia más importante del día. Me rondó en la cabeza cierta curiosidad de saber que leían pero seguí avanzando, mi prioridad era llegar al centro de la Ciudad y localizar el edificio de “El Escritor”, pero al rato, otra persona cruzó por mi lado izquierdo exactamente igual al ente anterior. Seguí caminando y ya no podía acelerar más el paso, no pasó un rato cuando otra persona con el mismo periódico extendido, me esquivó del camino, más tarde a unos cuantos metros otro tipo, uno gordo, se chocó fuertemente

connmigo, lo escuché disculparse y luego le vi salir corriendo rápidamente, y todo lo hizo, sin sacar el rostro de las hojas del diario, el mismo que todos habían comprado ese día casi que a las cinco de la tarde.

Miré hacia atrás, luego hacia los diferentes andenes y cuando volví la vista de nuevo hacia el frente, vi que venían corriendo aproximadamente unas quince personas con la cabeza enterrada en la misma página del periódico. Me detuve inmediatamente y desorientado, retrocedí. Los tenía tan cerca de mí que, rápidamente me puse en cuclillas y me cubrí el rostro con las manos, todos alcanzaron a esquivarme como unas avionetas haciendo piruetas. Cuando me puse completamente de pie, abrí mis ojos. Había aparecido en medio de una multitud que estaba ubicada en una intersección vial al centro de La Ciudad. Me ardían los brazos, los tenía llenos de arañños. Me puse a reparar la situación, y todos estaban asombrados observando una valla publicitaria recién instalada al borde de la Torre del Reloj, la cual solamente decía en una impactante tipografía *serif*: «La Perdimos en la Ciudad, una novela de El Escritor».

21

JUNTOS

Fueron pasando los días y no tuve noticias de ella. Aswimi se había ido para siempre. Los chicos habían retomado sus vidas, pareció no importarles que ella ya no estaba con nosotros. Por mi parte, no pensé que iba a impactarme tanto su ausencia, de tal manera que cada vez que salíamos a algún lugar, la extrañaba, recordaba con cierta nostalgia que ella había estado allí andando esas calles conmigo, a mi lado. Yo ya no podía seguir buscándola y me sentía impotente, no podía arriesgarme a que me mataran.

Por momentos imaginaba que ella se encontraba bien en algún lugar, pero al tener en cuenta todas las desapariciones que sucedían a diario en La Ciudad, mis buenos pensamientos se iban por completo. Lo único que ella había dejado de recuerdo, fueron aquellos conejitos, los que parecían irreales pero rondaban por toda la casa. De la cantidad que vimos salir de la habitación

de Aswimi, solo quedaban cinco. Pero, ¿cómo deshacerse de ellos si eran tan bonitos y chiquitos? Karen sí aprovechó y los sacó todos a la calle a punta de escobazos. Recuerdo un día que la vi con la escoba rebuscándolos entre los escombros de una habitación desocupada que se encuentra en el primer piso de la casa, y le pregunté qué hacía pero ella no me quiso hablar, así que más que suponerlo, presencié el acto.

De un tiempo para acá, todos cambiaron, nos fuimos separando poco a poco. Habíamos perdido la comunicación entre todos. La casa se sentía fría, apática y sin vida. Fue muy duro quedarse solo. Las salidas, las fiestas y las charlas a media noche sin luz, todo se había acabado. Intenté muchas veces hablar con Karen, pero fue imposible. Anoki se había vuelto cortante y para hablar con ella, tenía que dirigirme a Charlie primero. Por mi parte, tuve que aceptar la decisión de cada uno y respetar los espacios, nunca me consideré tan malo como para haber tomado la decisión de echarlos a la calle y darle un punto final a todo.

Los meses iban pasando y en noviembre, llegó la ruptura de Anoki y Charlie. Llevé días intentando localizar a Anoki, para hablar con ella y ver cómo estaba al respecto, pero nunca la encontré. Al principio me asusté

mucho porque pensé que ella ya había encontrado la manera de devolverse a Corea del Sur.

Para ese mismo mes, Charlie se robó una motocicleta negra, salía en ella todos los días desde temprano y solo regresaba a dormir. Una mañana logré cruzármelo en la puerta de la casa y le pregunté sobre Anoki, pero solo encogió los hombros y torció la boca, y se fue. Por otro lado, Karen había dejado atrás los turbantes, cambió su forma de vestir por completo, empezó a usar el cabello lacio y se rapó el lado izquierdo de la cabeza. Al poco tiempo, se tiñó un mechón de pelo de color azul.

Karen, había empezado a comportarse de manera muy extraña y en últimas, ya no se dejaba ver. Ella me había levantado serias sospechas sobre algo malo con respecto a la desaparición de Aswimi. «¿Qué había sucedido aquella noche en el maizal que ahora nadie quería hablarme?», «¿Por qué Aswimi resultó desaparecida y nadie quiso decir nada al respecto, nadie la buscó, nadie hizo nada, a excepción de Anoki?», «¿Qué guardaba Karen detrás de todo ese nuevo estilo que la hacía ver muy similar a Aswimi?» Eran tantas y tantas preguntas sin respuestas que me rondaban en la cabeza, y lo peor de todo es que no había ninguna que me hiciera sentir preparado para afrontar una mala noticia.

En el caso de Matías -ese colombiano risueño y de pelo rizado-, también dejó de hablarme, pero a diferencia de los demás, él no andaba solo. Lo supe un mes después, cuando en La Ciudad todos celebraban la navidad, cuando ya habían luces por todas partes y las personas se reunían a compartir entrañables momentos, menos nosotros. El año anterior, había nevado para la fecha y esperábamos que fuera igual, pero no hubo rastro de nieve por ningún lado, de hecho, hizo más calor, más humedad que cualquier época del año. Para ser más específico fue la tarde del lunes 25 de diciembre de 2028, lo recuerdo bastante bien porque en esa semana sucedió aquello que nos cambiaría la vida por completo. Todas las ventanas estaban cerradas, subí las escaleras y la música que provenía desde la habitación de Matías había captado mi atención, llegué hasta su puerta, toqué varias veces pero nadie respondía, vi que salió humo por debajo de la puerta y supuse que algo malo estaba sucediendo al interior de la habitación, así que la abrí y estaba toda nublada por humo de cigarrillo. En el lugar, me fue casi imposible distinguir una vieja grabadora que sonaba *Somebody To Love Me* de *Mark Ronson & The Business Intl* y un pequeño ventilador que estaba en una repisa, el cual giraba de un lado a otro para refrescar

todo el espacio. Su ventana también estaba cerrada, y se encontraba cubierta con unas largas cortinas blancas que dejaban entrar una miga de luz. Le llamé en voz alta varias veces, pero Matías pareció no estar presente para responderme. Quise abandonar el cuarto pero de repente, escuché algo moverse debajo de la cama y me sobresalté, retrocediendo. Al rato rechinó de nuevo, y una voz femenina se rio de mí. Estaba decidido a asomarme y levantar la sábana para ver de quien se trataba, por un momento imaginé que se trataría de Aswimi, pero aquello no tardó un minuto en salir de allí debajo.

Era una mujer, rubia, de 21 años quizá, de textura delgada y labios carnosos. Vestía una camiseta blanca que le llegaba hasta más arriba del ombligo y a su vez una tanga diminuta, era extremadamente hermosa. Me miró directamente a los ojos, me sonrió y de repente empezó a bailar al ritmo de aquella canción. Ella me había atrapado por completo, me tenía hipnotizado y me dejé llevar. Se acercó y me agarró de las manos, me llevó hasta ella, puse mis manos en su cintura, estaba alhelado. No sabía quién era y tampoco quería saberlo, solo quería que aquel momento continuara.

Ella continuó bailando y de repente, se detuvo. Me sacó la camiseta con fuerza, me jaló del brazo y me tiró a la

cama. Se subió rápidamente sobre mí, entre gemidos no dijo una sola palabra. Hacía calor, uno extraordinario. La humedad me hacía arder y me acercaba más a ella. Para ser honesto, no pensé en nada ni nadie mientras nos besábamos, me gustaba aquello. Sentado sobre la cama y ella sobre mí, habíamos acortado la distancia, ella empezaba a frotarse en contra mía, la sostuve por la espalda con ganas, dejé que se inclinara hacia atrás para bajar con mi lengua por su abdomen hasta su ombligo. Ella se fue levantando con lentitud y puso sus manos sobre mi pecho y me tiró con fuerza sobre el lecho. Me miró fijamente a los ojos y me besó con vigor, me había dejado sin aliento. En el momento en el que ella se quitó la blusa, Matías apareció en aquella habitación junto a otra mujer, muy similar a la rubia, pero ésta tenía el cabello negro y solo vestía unas bragas. Me levanté para observarla. No dije nada... Y al quedarme mudo, supusieron que yo estaba de acuerdo con todo lo que pasaría a continuación. La temperatura había aumentado, la música solo nos prendía más, y yo no sabía hasta donde podíamos llegar, o tal vez sí lo supe y por eso continué.

Ella me miró fijamente, se acercó y dirigió salvajemente sus labios hasta los míos. La rubia por su parte, se encontraba detrás de mí, y me rodeaba el pecho con

sus brazos. Ambas eran tan potentes y sutiles, y de mí podría decirse que era el más ferviente admirador que podrían tener en la vida. Las cosas habían subido de nivel y de dirección... Matías estaba detrás de la chica de cabello negro y desde allá, lo vi lanzar el brazo para tocarle el pecho. Inmediatamente, me sobresalté nervioso, aquello me había parecido extraño. No pasó un minuto, cuando la chica de cabello negro, salió de en medio de los dos y él me miró directamente a los ojos, nervioso, estaba agitado. Me asusté, lo miré y las chicas enardecían nuestros ánimos, ellas nos habían juntado. Matías miró mis labios, y se acercó pausadamente con dirección a ellos. Yo no estaba seguro de aquello, me sentí confundido por solo un instante, solo un pequeño instante, porque luego mi sexualidad se sintió extremadamente comprometida, yo sabía lo que quería y estaba claro. Así que, no dudé en salir de la cama para finalmente abandonar el lugar sin decir una sola palabra.

— *“El Escritor”*

22

AZUL, AZUL

— “Joe”

23

TONY, PT. XI

Salí corriendo de aquella multitud, por un momento pensé que llovería. «La perdimos en la Ciudad» aún me retumbaba en la cabeza, ese título me resultaba familiar. Había emprendido una huida de la intersección vial, porque aquellas personas ni siquiera tenían idea de quién era el autor detrás de aquel seudónimo, pero aun así lo amaban y querían tener la novela, por mi parte, yo no quería estar rodeado de ellos que no verían más allá de sus ojos, y del resto de cosas.

Continué mi rumbo por la ciudad, por aquella mala ciudad en la búsqueda de un escritor. A media cuadra hacia adelante, vi un conejito blanco, y algo me dijo que era uno de los que había salido de la habitación de Aswimi. Me quedé paralizado, lo vi detenerse justo delante de mí a unos metros y pareció mirarme directamente a los ojos, pero solo pareció, luego lo vi doblar la esquina y huir. ¡Qué perturbador!

Generalmente, los conejos me producen ternura, pero éste definitivamente no, éste parecía llevar el diablo adentro. Decidido me fui tras él, lo vi cruzar «la calle oscura», un nombre al que Karen y yo le asignamos a un extraño callejón de La Ciudad que nunca habíamos visto con luz nocturna. Ninguno de los chicos se atrevió a cruzarla nunca, todos le temieron luego de que una noche salieran volando varios globos rojos entre la oscuridad, pero lo que más nos aterró fue notar que aquellos globos con helio nunca lograron perderse en el cielo, se veían lejísimos, pero se quedaron estáticos, como si estuviesen varados en el tiempo.

Puedo decir que el conejo, fue la primera cosa que yo vi ingresar por ese lugar y extrañamente actué sin temor, yéndome tras él. Al principio, me sentí diferente, esa pequeña calle era diferente, oscura, fría y vacía, apenas podía notar sus paredes de ladrillos naranjas. No podía escuchar nada, pensé que me había quedado sordo, no se escuchaba el ulular del viento, el silbido de las aves, el sonido de los árboles, y ni siquiera podía presenciar el latido de mi corazón. Me asusté mucho, corrí aceleradamente, tanto como si hubiesen sido mis últimos pasos por el mundo.

Dentro de poco, me encontré al final del callejón, salí a la luz de nuevo y el resplandor me encegueció los ojos, y luego se me vinieron muchas imágenes a la cabeza. Por un momento, pude sentir la profundidad de mis recuerdos y recorrer en ellos cada parte de mi ser, vi el nacimiento de un niño, en casa, en el agua, lo vi salir del vientre sin un alarido, se trataba de mí. Mi madre me atrapó entre sus brazos y agitada, me recibió entre lágrimas, se emocionó cuando la miré directamente a sus hermosos ojos en donde me perdí. Luego, caí de un triciclo, ya tenía 5 años y mi madre corrió a auxiliarme, me acurrucó en sus brazos y entre lágrimas, me susurró al oído: «Tranquilo, tranquilo mi personita, ya mami está aquí», me tocó el corazón y luego, puso cara de horror y me protegió con fuerzas gritando «¡Auxilio!», pero no era algo de qué preocuparse, era papá el que venía con juguetes imitando ser un monstruo para que luego mamá se soltara a carcajadas y me dijera entre gruñidos: «Sal de mis brazos y huye de papá». Aquella imagen se desvaneció por completo, volví a tocar tierra. Al abrir mis ojos de nuevo me encontré sobre mis rodillas, observando la forma en la que caían mis lágrimas al pavimento.

Sequé mis ojos, y vi al conejo posarse enfrente de mí de nuevo. Lo miré enfurecido y retrocedió temeroso hasta huir y saltar hacia un hueco enorme. Me levanté del piso alarmado y me acerqué al orificio, se trataba de un conducto que parecía ser de acero, y desde afuera aún podía escuchar cómo el conejo seguía deslizándose. Al rato, quise verificar su profundidad tirando una piedra, pero nunca la escuché tocar el fondo. Me paré del lugar, me alejé un poco intentando ver la ubicación de dicho hueco, pero al levantar la mirada vi el gran edificio que tanto buscaba, con un aviso poco discreto de letras volumétricas en acero justo enfrente mío que decía: «El Escritor».

Inmediatamente, crucé la calle corriendo, al estar en la puerta debajo de las gigantescas letras, vi un timbre y lo toqué sin pensarlo, pero no tardó un minuto para que las gigantescas puertas de vidrio se abrieran. Lo primero que me recibió fue una recepción vacía, todo estaba tan limpio, tan lujoso, y enchapado con oro, no había nadie en el lugar. Al fondo se escuchaba una canción versionada por *Nancy Sinatra* llamada *Wishin' & Hopin'*, lo que me puso la piel de gallina, realmente el ambiente se sintió aterrador.

Las paredes al interior del edificio eran blancas, tenía muchos cuadros colgados con fotografías extrañas. Continué caminando hacia la profundidad del edificio, pasé junto a unas enormes escaleras y por un momento, pensé que alguien las bajaría de repente para decirme que estaba invadiendo propiedad privada, pero luego se me pasó por la mente que se trataría de alguna trampa puesta por “El Escritor”.

De repente, escuché algo romperse muy cerca de mí, así que corrí rápidamente hasta la primera puerta blanca de madera que vi. La abrí aceleradamente, entré y la cerré despacio, con extremo cuidado, noté que en el ambiente al que me estaba introduciendo ahora, se percibía un olor a vainilla. Me di la vuelta, y vi un pasillo enorme con cientos de escritorios situados en una fila a mano derecha y otra a la izquierda, los cuales tenían máquinas de escribir enchapadas en oro y hombrecillos sentados, vestidos de blanco y gorra blanca, escribían o redactaban algo de sus mentes como locos. Un hombre delgado, de quizá unos 22 años, que estaba situado de primero en la fila izquierda, se percató de mi presencia y se levantó emocionado de su asiento para exclamar con una gran sonrisa de oreja a oreja: «¡Oh!, tenemos visita».

24

ORIANA

Tal vez fueron los días más largos que pasé en toda mi vida. A veces me acostaba a dormir por horas, y pensaba que no tenía un propósito, en verdad yo la extrañaba. Mi deseo por saber de ella, disminuyó al poco tiempo... llegaron noticias y no muy alentadoras, habían llegado solo para dejarme con más preguntas que las respuestas que tanto anhelaba escuchar. La tarde del 29 de Diciembre, me encontraba acostado junto a la vieja piscina que está en el patio de la casa, Karen y Anoki habían llegado alarmadas y un poco sudadas. De golpe, me sorprendió verlas andar juntas de nuevo.

—¡Debemos decirte algo, Tony!—dijo Anoki, acelerada.

—Hola—sonreí amablemente—. ¿Qué sucede?

—Vimos a Aswimi—dijo Karen.

Aquello se sintió como si me hubiesen golpeado fuertemente en el pecho. El mundo se me vino encima, ¡me dio mil vueltas la vida!

—¿Qué?!—exclamé, desesperado—. ¿En dónde?
¿Cuándo?

—No, no te diré Tony—Karen me miró a los ojos, con la frente en alto—. Lo siento.

—No... ¿Qué?!—sonreí, eso me había parecido ridículamente chistoso—. ¡No puedes hacerme esto!

—Claro que sí puedo Tony, acaso tú no...

—¡Ya, ya! ¡En el bosque!—interrumpió Anoki.

—¡Maldita!—Karen la fulminó con la mirada—. ¿Cuándo será que aprenderás a cerrar la boca?! —finalizó, entrándose de nuevo a la casa.

Me acerqué a Anoki, le supliqué que me dijera, ella miraba temerosa hacia el interior de la casa y sin embargo, logré convencerla, y lo que dijo, me fue imposible de creer. Anoki esa mañana se encontraba en el bosque junto a Karen, se dirigían hacia la playa, y en el camino, a través de unos arbustos les pareció ver a una chica corriendo en dirección contraria. Inmediatamente, cambiaron de ruta para saber de quien se trataba. Dijo que pararon en una cerca de alambres cuando la vieron de nuevo, ella ahora estaba caminando, semi-desnuda, con la mirada perdida, los brazos cubiertos de vendas y manchados con tinta negra, aquella situación se les había vuelto incómoda y perturbadora.

La chica, de un momento a otro, levantó los brazos al cielo y observaba sus manos como si estuviera descubriendo un mundo en ellas, tenía los dedos muy sucios y de repente, empezó a llorar con sufrimiento. Karen llamó a la desconocida con un grito, a lo que ella volteó horrorizada buscando de dónde provenía aquella voz. Anoki afirmó que al principio dudaron sobre si era o no Aswimi, aún tenía una pequeña esperanza de verla nuevamente, ya que esta chica no tenía el cabello azul, pues, notaron que lo tenía corto hasta los hombros, un poco desgreñado y de color negro, pero cuando dio la vuelta lograron ver su rostro pálido, luego no se volvió nunca más y solo se lanzó a correr. Ambas, se fueron detrás de ella, pero no la encontraron, Anoki le insistió a Karen en que debían contarme y por eso habían llegado hasta mí.

Realmente, esperé y anhelé tanto que ella apareciera. Incluso llegué a soñar con ese momento en el que volvería a verla y tenerla de nuevo en mis brazos, pero a veces el mundo de los sueños es solo una fantasía, la realidad es otra cosa, donde lo que esperamos con tanto deseo, se convierte en nuestra pesadilla. Yo esperaba que pasara, pero no tan pronto.

Aswimi esa misma madrugada había vuelto a casa. Nunca supe cómo entró. Desperté alterado, en el primer piso de la casa se escuchó el estruendo de la cerámica quebrarse en el piso. Bajé rápidamente, recorrí el espacio con la mirada y fue cuando la vi a ella, fue esa primera vez después de tanto tiempo y aún me es difícil describir la forma en la que me sentí en aquel momento, tuve sentimientos encontrados. Ella estaba llorando, sentada en el piso junto a la mesa, había tirado todas las decoraciones al suelo y sentí lástima. Me le acerqué con cuidado, y con una sola frase que dijo, lanzó la piedra que me rompería en pedazos, ella acababa de pedirme en un tono de voz melódicamente doloroso, que me alejara, que me apartara por completo de ella.

Karen bajó de las escaleras y se acercó hasta a mí a preguntarme «¿Qué le pasó?». Tal como lo había afirmado Anoki, Aswimi traía el cabello negro, completamente desgastado y corto hasta los hombros, y estaba lo suficientemente sucia de tinta negra como para no notarlo, pero ya no traía las vendas.

—¡Oye!—le dijo Karen—. ¿Qué mierda crees que haces?

Aswimi levantó la mirada, la miró como si fuese el ser más detestable en la tierra, la fulminó una y mil

veces con aquella mirada, Karen movió un pie para acercarse a ella, pero Aswimi reaccionó levantándose de golpe de aquel piso.

—¿Sabes que me pasa? —le respondió Aswimi, exaltada secándose las lágrimas—. ¡Me hartaste! ¡A la mierda todos!

—Cierra la boca porque te juro que si sigues hablando te la voy a reventar a golpes...—le advirtió Karen.

—¿Me vas a pegar o me vas a morder? —preguntó Aswimi, exaltada—. ¡¿Y por qué?!

—No hagas nada, cálmate Karen—le pedí.

—¿Te gusta Tony?—continuaba Aswimi en el mismo tono desafiante—. Si te gusta tanto, entonces... ¡quédatelo!

Y Karen cumplió su promesa, le propinó en el rostro el golpe más fuerte que he visto en toda mi vida. Solo recuerdo cuando la vi llorar con la boca ensangrentada, intenté ayudarla y me gritó más de tres veces que me alejara, en vista de eso, Charlie fue el único que pudo auxiliarla. A Aswimi se le veía muy enojada y por eso pensamos que iba a regresarle el golpe a Karen, pero al rato la vimos temblando y botando lágrimas como loca. Aswimi nunca fue capaz de ponerle un dedo encima a

Karen, la cual empezó a gritarle un mundo de cosas, entre todos le pedimos que se callara y evitara seguir la pelea, pero entre tanta histeria, Aswimi explotó y reveló lo que empezaría a ser nuestra pesadilla y el final definitivo de toda amistad.

—Estoy aquí...—dijo Aswimi, pausadamente—. Porque ustedes mataron a Oriana el día del maizal.

«¡¿Qué?!» fue lo que reventó en coro por parte de los chicos. Yo volteé a verla extrañado, el mundo me dio vueltas por completo. ¡Era una locura y una estupidez! Era demasiado imposible que hiciéramos algo de tal magnitud como para no recordarlo, pero hubo una pregunta que me rondó en la cabeza: «¿Por qué «mataríamos» a Oriana? Si no la conocíamos.»

—¡¿Oreana está muerta?!—preguntó Anoki.

—Sí, Anoki—asintió.

—Espera, espera, ¿y quién mierdas es Oraina?—preguntó Charlie confundido.

—¿Cuál Oraina? ¿Qué te pasa?—dijo Anoki fastidiada—. Es Oreana, como la galleta.

—¡No, no, esto no puede ser! —se decía Karen a sí misma—. Tú de seguro la mataste cuando andabas

loca esta tarde corriendo por todo el bosque, y ahora vienes a echarnos la culpa a nosotros—le gritó extremadamente enfurecida y con lágrimas en los ojos—, ¡olvídate!

—¿Qué?!—exclamó Aswimi—. ¿Qué cosas dices Karen?

—¡Ni me hables! ¡Lárgate!—dijo Karen exaltada—. ¡Vete de nuestras vidas maldita loca!

—No, no, no, ¿y donde se supone que está el cuerpo?—le pregunté—. Porque aquí no lo veo.

—¿Quieren verlo?—preguntó.

Aswimi nos llevó hasta el lugar donde afirmó haber encontrado el cuerpo. Antes de salir de casa, los chicos le hicieron muchas preguntas pero ella no les quiso responder nada. Creo que más que sentirnos culpables sobre algo que ni siquiera recordábamos haber hecho, fue la curiosidad lo que nos arrastró hasta el sitio. Duramos muy poco tiempo en llegar a pesar de habernos ido a pie y con linternas en mano, la ciudad pareció haber estado deshabitada aquella madrugada, éramos los únicos en sus calles.

Ella nos dirigió hasta el bosque, nos volamos unas cercas de hierro que se encontraban al interior del mismo y llegamos hasta un pantano verdoso, olía a

fango, a pudrición, era un lugar espantoso, y por un momento pensé que muchas serpientes entre grandes y pequeñas saldrían de entre las aguas a devorarnos. Nunca nos habíamos atrevido a llegar así de lejos y a adentrarnos tanto en aquel bosque, debo admitir que estaba muy asustado. El día ya empezaba a caer sobre nosotros, sin sol. Aswimi nos señaló hacia las raíces de un enorme árbol donde se observaba un bulto de hojas secas, diciendo: «¡Allí está!». Nos fuimos tras ella, pero estaba equivocada, solo eran eso, hojas secas.

Pensamos que Aswimi estaba jugando con nosotros, y no nos pareció nada gracioso, incluso los chicos empezaron a dudar sobre su cordura, hasta que, Matías se enredó entre varias lianas que estaban enrolladas en un árbol, y cayera cerca de una orilla del pantano de la cual no nos habíamos advertido. Matías gritó, y se vio envuelto de moscas, había caído junto al cuerpo de Oriana.

Corrimos rápidamente hasta él. El espacio estaba lleno de vasos desechables, bolsas plásticas y otros desperdicios.

—Creo que aquí hay otro cuerpo—anunció Anoki señalando con el dedo hacia las raíces de un gran árbol que daba con la misma orilla del pantano.

—¡A la mierda!—exclamó Charlie—. Yo me voy de aquí, mejor dicho, nos vamos ya mismo Anoki...— agregó agarrándola de la mano con fuerza, la quería llevar casi a rastras.

Matías se enojó al presenciar aquel acto y se levantó rápidamente del piso para impedir que se la llevara de esa manera. Charlie le pidió que se apartara del camino en varias ocasiones, pero Matías solo le repetía algo como: «No te la lleses así, no te la lleses así», pero eso no bastó, Charlie jaló a Anoki tan bruscamente que la tiró al suelo. Matías impulsivamente se arrojó sobre él y le propinó un puñetazo en la boca sin pensar que era más alto. Charlie se limpió la boca con mucho cuidado para regresarle el mismo golpe, pero con más fuerza, le pegó tan duro, que lo tiró junto a Anoki. La pelea terminó cuando Karen se metió entre los dos, a gritar.

—¡Yaaaaa! ¡Basta!—dijo, y al instante se quedó perpleja con los ojos bien abiertos, pensando—. ¿Quién es la otra muerta?

Pero no lo sabíamos. El cuerpo de Oriana estaba hinchado, su rostro tenía varios moretones, no tenía ropa interior, solo vestía una camiseta blanca completamente manchada de sangre y rota por lados, su cuerpo olía a carne podrida, tenía pequeñas burbujas de algo en

la piel y derramaba líquidos por todos lados, los gusanos empezaban a consumir lo que quedaba de ella. Oriana parecía no llevar más de tres días de muerta, con todo eso, habíamos confirmado que nadie había matado a Oriana la noche de la fiesta en el maizal, como Aswimi lo afirmaba, pero entonces, ¿quién la mató?, justo eso, fue lo primero que nos preguntamos al pararnos frente a su cuerpo, pero cuando vimos a la otra chica, nos sorprendimos, ésta era rubia, de unos 21 años más o menos, su estado era tan diferente al de Oriana, no tenía un solo animal en su piel, estaba muy limpia, tenía algunos moretones pero se le veía casi intacta, vestía un *bluejean*, le habían arrancado la camiseta y consigo se le llevaron el pezón derecho, su piel estaba de un tono pálido y casi verdoso, por un momento se llegó a pensar que la habían pasado por la morgue primero y luego tirado en ese lugar, pero «¿quién diablos era ella?», se preguntaron.

—Tony, ¿la conoces?—me preguntó Aswimi.

—No—dije—, ¿y tú?

—Tampoco—contestó—, nunca la había visto en la ciudad.

De repente, Karen se alarmó y empezó a culpar a Aswimi, una y otra vez. Aswimi se agachó cuidadosa-

mente a tocar el cuerpo de la rubia, le dije «Ten cuidado», la vi levantarle la bota izquierda del *bluejean*, y tenía un tatuaje con una equis, muy similar a la equis que está en la entrada a La Ciudad, Aswimi la reparó en silencio, miraba la marca fijamente, luego intentó tocarla y retiró inmediatamente la mano como si le temiera, hasta que lo volvió a intentar y finalmente la tocó. Aswimi pegó un grito, se alejó rápidamente abriéndose paso a rastras entre nosotros. Tuve miedo de aquello, Charlie sonrió, Aswimi se levantó como pudo y me tomó de las manos, y solo dijo: «Ven conmigo, te prometo que no he hecho nada». Me dolió, me retumbó el corazón, sentí que se me había debilitado la vida con solo tocarla, me quebranté por completo y no dudé en ningún momento en ir con ella.

—¿Qué les pasa?—gritó Karen—. ¡¿Qué diablos les pasa?! ¡Esto es un homicidio! Voy a reportarlos con “El Escritor”.

Aswimi me jaló de las manos para que fuera con ella.

—¡Ya “El Escritor” lo sabe!—reveló Aswimi—, él cree que ustedes tuvieron que ver con la muerte de Oriana, su hija, y créanme cuando les digo que ha hecho una extensa búsqueda de ella, pero en secreto. No sé qué

va a pasar cuando descubra la verdad de lo que hicieron aquella noche, los he traído para que recuerden, y encuentren una forma para deshacerse de estos cuerpos.

—¿Hija?—le pregunté sorprendido—. ¿Cuál hija?

Pero Aswimi empezó a caminar jalándome de la mano, sin responderme. Nos empezamos a alejar de las carcajadas de Karen, quién decía además que Aswimi estaba completamente loca, porque había algo que no cuadraba en toda esa historia, y era el estado de los cuerpos, los cuales no concordaban con la fecha en la que Aswimi afirmaba que habían transcurrido las muertes.

Cuando ya nos encontrábamos un poco más lejos de Karen, la volví a escuchar maldiciéndonos y afirmando que éramos unos asesinos.

—¡Aswimi, esperen!—dijo Anoki en un bullicioso grito—, esperen por favor.

Aswimi y yo nos miramos, dimos la vuelta aún agarrados de la mano, y la observamos, Anoki tenía los ojos llenos de lágrimas, y en un delicado movimiento de labios pareció decirnos: «¿Puedo ir con ustedes?», moví mi cabeza en señal de que viniera con nosotros y Charlie se quiso morir, intentó detenerla pero Karen se lo impi-

dió sosteniéndolo del brazo. Luego de un rato que estuvimos caminando, Matías apareció tras nosotros diciéndonos:

—Quiero estar con ustedes, Karen se volvió loca.

— *“El Escritor”*

25

KAREN

Mientras Tony buscaba a Aswimi en La Ciudad, Jefferson se encontraba junto a Matías, Karen, Charlie y Anoki, en las profundidades de la tierra, llevaban escondidos por más de 7 meses en una habitación de un antiguo campo de experimentos construido allí debajo.

Cuando bajaron por primera vez, se imaginaron por un momento que llegaban a una ciudad subterránea abandonada por toda la suciedad. Se habían colocado de acuerdo con Jefferson para ocultarse de las garras de “El Escritor” por un largo tiempo, puesto que estaban siendo buscados por todos los lugares de La Ciudad para ser aniquilados, ya que se decía que habían sido los únicos asesinos de Oriana, cuyo cuerpo extrañamente aún no había sido encontrado.

Jefferson también estaba cansado de tantos intentos por irse de la ciudad, pero él era la única persona que conocía de fondo todo el misterio que ésta guardaba, y solo esperaba que llegara el momento indicado

para compartirlo con sus acompañantes. Todos habían admitido que La Ciudad se les había convertido en un infierno, pero él les insistió en que debían esperar un poco más, porque estaba seguro que una adolescente rubia con una marca en su cuerpo, llegaría a la guarida con eso que todos anhelaban escuchar, un plan de escape perfecto.

Detrás de ese rostro lleno de pecas, en Jefferson se escondía un soñador, uno que tenía la cabeza llena de tantas ideas locas que ni siquiera él mismo podía soportarlas. Recién había terminado de contarles a los chicos la forma en la que se cruzó a Tony, puesto que él era el vínculo que los había reunido, ahora Jefferson moría por escuchar algo de ellos.

—Vale... sigamos. ¿Quién quiere intentarlo? ¿Qué tal tú Karen?

—¿Yo?—preguntó Karen, con inocencia—. Mmm... no, no lo creo.

—¿Estás segura?—preguntó, extrañado—. Hazlo por mí, yo quiero escucharte, no has dicho nada desde que llegaste.

Karen se lo pensó por un momento, y luego de un largo silencio, aceptó. Sabía que tenía que hacerlo.

—Está bien, Jefferson—sonrió tímida.

Cuando Karen creyó estar lista, empezó a narrar lo que Jefferson había anhelado escuchar y conocer de ella.

•••

“El día que llegué a La Ciudad, no sabía quién era o por qué había despertado en este lugar. Creo que también entré por la equis, como todos acá. Pasé mucho tiempo deambulando por las calles, me metí en serios problemas, y luego en uno muy, muy grave, uno del que me arrepentiré toda mi vida. Conocí a un hombre mayor, prometió sacarme de las ruinas, me curó de todas las llagas que tenía en mis pies y manos, me llevó a vivir a su casa, me alimentó, me dio la vida que cualquiera desearía, me ayudó hasta que estuve bien, porque luego me dijo «Ya puedes marcharte y disfrutar de La Ciudad», y fue cuando me dije motivada: «Está bien, Karen, consigue un trabajo y empieza a conocer el mundo. ¡Estás renovada!». A estas alturas, aún estoy muy agradecida con ese hombre, y cuando salí de su casa, descubrí que no había un mundo, solo me estrellé con la realidad de La Ciudad. El problema empezó luego que encontré una maleta gigante debajo de una de las camas de aquel

hombre, que por cierto, nunca supe su nombre. Al interior de la maleta, encontré algo inesperado, tenía más de 30 kilos de cocaína ante mis ojos, los robé, y me escapé como pude de ese lugar. Lo sé, soy una porquería. Vendí grandes cantidades en distintas partes de la ciudad, gané muchísimo dinero. Empecé a asistir a eventos de la gente rica, a comportarme como ellos y así logré que los tipos de bien llegaran a mí, a veces me veían muy menor para ellos, pero con algunos trucos logré verme mucho mayor, y en uno de esos eventos que hicieron en un bar que se llamaba “Le Collet”, conocí a Tony, pero él no era adinerado, o por lo menos no tenía mucho, porque él era un simple mesero que terminó lavando baños, su vida era bastante miserable en ese entonces. Como mesero nunca lo vi, pero según él, el dueño del lugar era muy tacaño, porque luego que el hombre del aseo se le marchó por varios desacuerdos, se le ocurrió que Tony era el indicado para dicho puesto, no le subió al pago, tampoco se lo disminuyó. Cuando él me contó todo aquello, pensé «¿Quién diablos dice que alguien es indicado o no para limpiarle la mierda a otro?». Recuerdo que, la noche que lo conocí, entré al baño, al tocador, y casi que salgo como diablo reprendido del sitio, estaba asustada, sudada, con

las manos frías y la cabeza caliente, no supe que me estaba dando luego de haber visto entrar por la puerta del bar al hombre al que le había robado la maleta pocos días antes. Estaba agitada y a punto de llorar frente al espejo, y allí apareció él, fue la primera vez que vi su hermosa sonrisa de dientes perfectos, Tony se había parado justo a mi lado y con una escoba en mano me dijo en broma: «¿Qué te pasa?, ¿Necesitas ayuda?», lo miré detenidamente y mi pulso aumentó, «¿Y tú quién eres? ¿El *lavamiernas* aquí?».

—Eso es ofensivo—dijo molesto.

—Lo siento—dije, volteando avergonzada hacia el espejo de nuevo—, creo que me van a matar, estoy en un problema.

Tony levantó las cejas, me quedó mirando, me pidió que le contara y, se lo confié. Cuando terminé, lanzó un largo suspiro y empezó a comerse la uña del dedo índice derecho. Como no había dicho nada, levanté mi bolso del tocador dispuesta a marcharme, y solo dijo «Ven a vivir conmigo». No sé qué me atrajo, no sé qué me sedujo, no sé qué pasó, tal vez sentí una gran conexión con él, así que locamente me fui a vivir a su casa. Los primeros días me parecieron muy locos, salíamos mucho, empezamos a dormir juntos, a bañarnos juntos,

a hacer lo que normalmente una pareja hace, luego empezaron a llegar personas a esa casa y mi vida con él, me dejaba de ser divertida.

Tony me abandonaba por días. Empezó a conocer nuevas personas, la casa pasaba llena de gente a veces y otras, no había ni un muerto en ella. Todas mis pertenencias las había llevado hasta la casa de Tony, él me dio una habitación y los kilos que me habían quedado, los aseguré en unos cajones del closet, luego llegó el día en el que los saqué y fue cuando volví a las drogas, cuando deseé morir, mi vida era ahora la de una miserable viviendo con un miserable al que ya no le importaba, y me odié, me odié incluso por ser negra, me estaba moviendo en un mundo de blancos donde simplemente dejé de sentirme cómoda, donde no me sentía siendo yo.”

•••

—¿Y luego? —preguntó Jefferson, estupefacto.

—Luego me volví loca—contestó.

•••

“Tony me había regalado una grabadora, estaba obsesionada con *Sinnerman* de Nina Simone, con esos diez minutos que me destrozaban el corazón, la vida, el alma, mi ser. Al ponerla, pedí que si Dios existía, que me llevara, que solo me llevara y terminara con toda mi desgracia. Extrañaba algo, lo podía sentir en mi pecho pero no podía descubrirlo, no sabía ni quién demonios era yo cómo para lograr identificar la fuente de tanto dolor que traía en mi interior. Me quité toda la ropa, agarré los paquetes de cocaína y los regué por toda la habitación, especialmente en la cama, me acosté, bailé, canté, oriné, me burlé y aspiré, una y otra vez, y vaya que me sentí tan pura, más pura que el mismo polvo, ese que me iba quemando las fosas nasales en cada inhalación, y por primera vez, creí haber visto el cielo, el purgatorio y el infierno juntos, pero, «¿en cuál de los tres lugares me quemarían primero?», era lo único en lo que pensaba. Tony irrumpió en la habitación, me confundió, no sabía si venía vestido de ángel o demonio, aunque sus enormes cuernos resaltaron más que su aureola.”

26

EL MAIZAL, PT. FINAL

Al salir del bosque, recorrimos algunas calles, amaneció cuando paramos en una pequeña casa de campo construida en madera, desde allí los edificios de La Ciudad se veían extremadamente lejos, por un momento pensé que nos habíamos saltado el límite, las equis.

Entramos a la casa, nos ubicamos en la sala y Matías preguntó de quién era, Aswimi dijo que era la casa de una vieja amiga.

—Creo que a ella se la llevaron a un internado. Aquí pasé todo el tiempo en el que no me vieron—admitió.

Aswimi empezó a actuar muy extraño, como si nada estuviese pasando afuera, había terminado de limpiarse unas manchas de grasa que aún tenía en la piel con un pañuelito cuando sacó unos cigarros y nos ofreció a todos, nos negamos a fumar. Me incomodé, al verla con tanta tranquilidad ante todos.

—Aswimi...—le llamé quizá unas tres veces, y solo me ignoró. Me enojé tanto que terminé gritándola, quería y necesitaba saber que había sido todo el drama cuando llegó a casa en la madrugada, y el por qué Oriana estaba muerta y el por qué decía que todos estábamos implicados.

Anoki me notó alterado, se puso a llorar y salió del lugar. Matías salió tras ella, me preocupé y Aswimi me dijo con el cigarro en la mano: «Ve... ve a ver qué le pasa». Me la quedé mirando fijamente por un buen rato y cuando salí, escuché a Anoki maldiciendo mientras caminaba de un lado a otro.

—Pero dime qué te sucede—insistía Matías, mientras ella se ponía las manos en la cabeza—, vas a hacerle un hueco al piso.

—¡Noo!—le gritó.

Cuando Anoki notó mi presencia, se lanzó inmediatamente a mis brazos. Parecía estar enojada con Matías, pero no lo estaba. Creo que simplemente no quería contarle por desconfianza, cuando le pregunté que le había pasado me miró a los ojos y luego, se soltó a llorar. Cuando logré calmarla, volteó a mirar a Matías y luego me miró de nuevo, con timidez, y entonces le dije: «Tranquila, él está con nosotros».

—La noche del maizal...—dijo, sollozando.

—Sí... te escucho.

—Era de madrugada, quizás las 2:30 am., le había dicho a Charlie que estaba cansada y que quería irme a casa, pero estaba tan concentrado en un juego con los T.I's, el grupo de básquet de la escuela, que no me prestó atención, a él no le importó. Yo quería descansar, de un momento a otro empecé a sentirme muy débil, luego me encontré sudando en fiebre, y empecé a buscarlos a todos ustedes, pero me encontré sola—decía con lágrimas que rodaban sus mejillas—, tenía una vacío en el pecho, mi corazón me dolía y no era por la ausencia de ustedes, era porque extrañaba algo, algo que no lograba entender qué era y me es tan difícil poder describir ese sentimiento, solo sé que mi corazón me dolía tanto que quería irme Tony, lo juro que quería sentirme mejor.

—Solo no llores—le dije—, ¿está bien?

—Está bien—asintió, y luego continuó—. Recorrí toda la casa de Eddy, a quien vi en la sala principal, me acerqué a él pidiéndole ayuda y solo me sonrió, me pasó la mano mojada de alcohol por el cabello y se fue a bailar. Todas las personas del lugar me gritaban cosas que no podía entender, porque me retumbaba la cabeza. No supe como fui a tener al parqueadero, tal vez fue cuando

noté que unos encapuchados empezaron a seguirme, y cuando me detuve en tu auto, me obstruyeron el paso, se rieron en mi cara y luego... —se detuvo a secarse los ojos, pero al instante se le inundaron de nuevo—. Luego uno de ellos con el ceño fruncido me cargó en sus brazos, ninguno sonrió, ni dijo nada. Él empezó a llevarme lejos del estruendo que generaba la música del lugar, los otros dos venían tras él, y mientras iba boca arriba, empecé a observar su rostro, era lindo, nunca lo había visto, pensé que sería alguien bueno, y luego miré las estrellas, me sentía agradecida, tranquila, en paz. El cansancio y el sueño, me vencieron, fui cerrando mis ojos poco a poco, hasta que me tiraron al suelo, me habían adentrado al bosque. Me sacaron la ropa, Charlie me había apostado.

—¡Maldito Charlie!—gritó Matías dándole un puñetazo a una de las columnas de madera de la casa—
¡Yo sabía que algo no andaba bien!

—¿Por qué lo dices Matías?—le pregunté.

—¡Tony! Mírala...—me dijo señalándola con un dedo—, ella fue quien se alejó primero de todos, luego no supimos nada de ella, pero tú estabas más pendiente de Aswimi.

—¿Y por qué no me dijiste nada esa misma madrugada Anoki?

—No podía Tony—dijo—. Luego de aquello, Charlie me fue a recoger, estaba muy diferente, yo sabía que estaba drogado pero parecía otra persona. Estuve en *shock*, quería reaccionar y pegarle pero extrañamente el revuelto de emociones no me permitió actuar de ninguna forma, estaba deshecha por dentro. Él mismo me puso la ropa y luego me llevó hasta el maizal y allí me tiró, me terminó con amenazas—admitió—, y por último, me pidió cerrar la boca. Luego me paré para ayudarte esa madrugada Tony, con todas las fuerzas de mi corazón a encontrarla a ella, quería que alguien fuera feliz antes de irme.

—Y regresaste...—dije descompuesto—. ¿Por qué?

Anoki reaccionó llorando desconsoladamente. La acurruqué entre mis brazos, le invité a calmarse, estaba temblando de dolor, quizá. Furiosa, se aferró agarrándose de mis brazos y lo hizo tan fuerte que, mis bíceps terminaron marcados por sus uñas. Anoki estaba de espaldas a la casa, cuando Aswimi salió de ésta y nos observó con una sonrisa que para mí, presumía entendimiento de una afinidad que podría existir entre Anoki y yo, o por lo menos me quiso dar a entender eso.

—¿Quieren saber quién mató a Oriana esa noche?

—Habla entonces...—le respondió Matías.

Aswimi se recostó en el marco de la puerta de madera. Sacó una caja de cigarrillos y un encendedor de su bolsillo, luego con un movimiento rápido y poderoso le dio tres vueltas a la rueda de encendido con el pulgar, hasta que apareció la llama que le prendería el cigarrillo que se había llevado a la boca con anterioridad. Nos miró detenidamente, y con una voz solemne dijo: «Tomen asiento. Pasó en el maizal».

FIN.

— “*El Escritor*”

Título original: *La perdimos en la Ciudad.*

Autor: El Escritor.

Primera edición, Septiembre de 2029.

TONY, PT. XII

Quizá el olor a vainilla que había en el espacio, era lo que me tenía hipnotizado. Aquel hombrecillo con sonrisa de oreja a oreja, se había marchado corriendo de la gigantesca sala a través de una puerta que no tuvo que abrir, si no pasar a través de ella, parecía tratarse de una ilusión y me limpié los ojos, con asombro, luego otro hombrecillo se levantó de su asiento y me dijo en un tono motivador: «¿Qué haces allí parado? Ve tras él, isí-guelo!».

No sabía qué hacer, desconocía si me estaba metiendo en problemas, pero reaccioné torpemente corriendo hacia la puerta. Cuando pasé a través de ella, se me erizaron los vellos de todo el cuerpo, me asusté pero el asombro pudo más conmigo.

Había llegado a lo que parecía ser una fábrica, la decoración era espeluznante, tenían árboles, una fuente de agua, jardines y el lugar por donde se transitaba daba la ilusión de que eran calles, habían muchas personas

vestidas de azul que, podría decir que eran trabajadores, quienes caminaban con cajas y libros de un lado a otro. Entre la multitud, distinguí al hombrecillo sonriente alejándose cada vez más, me fui tras él, mi objetivo era alcanzarlo y cuando él estaba por llegar al final de lo que era «una calle», se detuvo ante un hombre de traje y corbata, el hombrecillo le dijo algo al oído y éste, lanzó su mirada en búsqueda de alguien entre la multitud, y se impactó al verme.

—¡Tony!—dijo dirigiéndose hasta mi en un tono acogedor. Me recibió emocionado con un extraño abrazo. Su presencia era impactante, bastante intimidante—, que emoción verte muchacho.

—¿Quién es usted?—le pregunté confundido, con el ceño fruncido.

—¿No me reconoces? ¡Mírame!—sonrió golpeándose con las dos manos en el pecho con orgullo, como para sentirse poderoso—. Soy el escritor, tu «amigo» El Escritor—afirmó sin disimular una risa burlesca.

Y el mundo, se me puso de cabezas, estaba realmente asustado, me intimidaba un montón pero traté de disimular lo mejor que pude. Había llegado hasta donde pretendía llegar y sentí, que era el momento indicado

para encontrarle respuesta a todo lo ilógico que pasaba en La Ciudad.

—¿Qué es éste lugar?—le pregunté.

—Oh, ven conmigo—me dijo, invitándome a caminar con él hasta el final de «la calle», para luego cruzar por otra puerta—tengo mucho de qué hablar contigo.

Me pareció extraño todo aquello, pero necesitaba aparentar ser más fuerte. Cruzamos esa otra puerta blanca, también sin abrirla, y pasamos muchas más, y cada vez que se atravesaba por allí, se me erizaba el cuerpo, El Escritor me dijo que eso era normal.

Llegamos a lo que él llamó «Centro de Control», una sala bastante amplia de paredes blancas, y con muchas pantallas, dos eran sorprendentemente grandes. Él me miró y me sonrió, le sonreí pero luego me distraje con una de las pantallas pequeñas, me atrajo inmediatamente y me envolvió por completo, juro que pareció haberme llamado, en ella observé un laberinto, era un lugar mágico lleno de luciérnagas, con seres extraños corriendo tras ellas para atraparlas, luego en una de las secuencias, apareció uno de esos seres alcanzando una fruta roja de un árbol, se dio la vuelta sonriente y pude notar que era extremadamente hermosa, no tenía una belleza común, ella parecía provenir de otro planeta,

pero no pude apreciarla más, no pude disfrutar de su dulce e impactante mirada que me quedará por siempre presente, porque un grito me sobresaltó por completo de aquel encanto, El Escritor había pedido que apagaran la pantalla número 22.

—Perdóname por hacerte ver eso Tony—se disculpó de repente, luego de que la apagaran—, nuestros tiempos no son perfectos.

—Qué... ¿qué era eso?—balbuceé.

—No puedo decírtelo—afirmó con la frente en alto—, pero si quieres que te cuente algo, ven conmigo—decía mientras caminaba hacia otra puerta de la habitación, pero ésta, no era normal y no tan grande como las anteriores, y le seguí.

La abrió con sus manos y me invitó a pasar, era su oficina.

—Mi nombre es Johnny—confesó—, me dicen «El Escritor» porque estoy a cargo de este proyecto.

—¿Cuál proyecto?

—Mira, te pediré un enorme favor, solo no preguntes nada—pidió ubicándose al otro lado de su escritorio—, prefiero que te sientes y te limites a escuchar.

—De acuerdo—asentí con la cabeza y me ubiqué en una silla interlocutora.

—La Ciudad...—continuó, aún de pie—, es un proyecto a cargo de esta organización llamada «El Escritor», y así me apodaron por ser quién está al mando de esto. No somos buenas personas Tony, pero tratamos de serlo, queremos construir un mundo donde los locos están con los locos y donde la vida, no esté con la muerte— explicaba—. Experimentar con humanos no es una tarea fácil y tampoco nuestra, de eso se encarga otra organización. La nuestra, por el contrario, ayuda, controla y moldea la sociedad que nos han asignado, con el fin de llevarla al modelo requerido, uno perfecto. Cuando te hablo de un control, no significa que tenga que amarrarlos y tratarlos como caballos rebeldes, significa que debo cumplir mi tarea a través de los escritos, a través de los medios, cosa que después entenderás, pero cuando me refiero a un moldeamiento social, ya es un poco cruel, pero es algo que nos toca hacer aunque no queramos. Nuestro gobierno en estos 2 años, nos ha surtido de «comidas especiales» que entre otras cosas, son alimentos con cianuro, que son llevados directamente a las personas con escasos recursos que habitan en La Ciudad. La idea es asegurar el éxito en un futuro, cambiar la economía en nuestra ciudad nos hará avanzar y lograr una

evolución, no queremos una ciudad de pobres, no queremos estorbos, queremos lograr ser parte del proyecto que Los Fundadores llamaron «RECTITUD». Queremos destacar lo nuestro y que sea en el menor tiempo posible, esto no es más que una carrera. Tal vez no me estés entendiendo, pero nosotros los que estamos a cargo de los diferentes proyectos, tenemos el control de solo una cuarta parte del todo, el resto son de Los Fundadores—pausó y guardó silencio, pensé que se había cansado, pero sería imposible para un hombre tan joven. El Escritor aparentaba tener apenas unos 30 años, para ser sincero, me lo imaginaba más viejo, tenía el mismo color de cabello que Charlie, físicamente eran muy parecidos, pero éste tenía las facciones del rostro más fuertes y una rudeza al hablar impresionante—. La lluvia constante, y todo lo que has notado referente al clima—prosiguió y se puso a caminar de un lado a otro—, lo controlamos nosotros a través de un sistema, es parte de lo que nos toca hacer, por el modelo, ya te dije. Nos tocó ocultar el sol para observar cómo los ciudadanos reaccionaban ante torrenciales aguaceros diarios, imagino que te habrás deprimido más de una vez—sonrió—. Respecto a las equis que quizá has visto a la entrada o salida de La Ciudad, están ubicadas en 4 puntos,

pero de eso no te puedo decir nada porque mi organización no las puso, verás, nosotros no creamos La Ciudad, solo estamos a cargo como cuando tienes una planta, y tienes que cuidarla, regarla diariamente, evitar que se llene de plagas y no permitir en ningún momento, que muera.

Guardó silencio, me miró a los ojos y me pareció que estaba esperando que yo dijera algo al respecto.

—¿Y la gente no lo sabe?—pregunté preocupado—. ¿Cuándo lo va a informar?

—Pero si apenas estamos empezando Tony—sonrió hipócritamente—, no llevamos si no unos 2 años en este proyecto. El sistema está aún en fase beta. Se suponía que las reglas eran una especie de advertencia de lo que no pueden hacer e iban a estar durante el primer año, luego haríamos el anuncio del sistema y todo lo que te he explicado pero más decorado, pero toca ir por partes y ver reacciones durante el proceso—dijo—, ya llegará el momento para todo lo demás, aunque me muero de ganas por hacer el anuncio el día del lanzamiento de «La Perdimos en La Ciudad».

—¿Y qué pasa con los cosas que veo?—le pregunté.

—¿Ves cosas? ¿Qué clase de cosas?

—Sí, cosas extrañas—dije—. Pero dime, ¿qué pasa con los movimientos de La Ciudad?

—De eso también se encargan ellos—dijo sin darle la mayor importancia, apoyando sus manos en el escritorio, pareció mostrar mayor interés en lo que le consulté—. Dime, ¿qué cosas ves?

—Dime primero, ¿dónde está Aswimi?

Se quedó perplejo, se acercó más a mí y me miró extrañado, luego sonrió con hipocresía, de nuevo.

—Tú no necesitas saber eso, tú ya sabes dónde está—afirmó convencido.

—¿Usted la tiene?—pregunté con timidez.

—Oh, con que eso es lo que pasa—dijo y pude ver como el entendimiento se reflejaba en su rostro—. Con razón estabas actuando tan extraño esta mañana.

—¿De qué hablas?

—¿Sabes? Esperé más de ti, Tony—dijo poniéndose de pie nuevamente—. Al principio, cuando leí tu historia me sentí un poco mal, me recordabas a mi hijo pero él ahora está en otro lugar a salvo, pero luego, cuando seguí leyendo esos escritos, cuando ya estaba convencido que tenías talento y que la historia era totalmente ficción, apareció mi hija en ella. Llevaba semanas desaparecida, llevé buscándola en secreto porque no

quería interrumpir el proceso, estaba tan desesperado, y con la historia, tú me diste lo que yo más necesitaba: pistas, culpables y una novela. No estás del todo bien, cometes errores y tal vez no eres consciente de ello, mira lo que hiciste esta mañana—se paró frente al computador de su escritorio, lo volteó hacia mí, y puso a reproducir unos videos grabados con cámaras de vigilancia ubicadas en mi casa, tenía imágenes de mi al dormir, al despertarme, de mi diario vivir y quehacer, y en esos, extrañamente estaba Aswimi. Luego continuó, mostrándome que con las cámaras que tenía en las calles de La Ciudad también me tenía vigilado—. Saliste de tu casa, visitaste la panadería de Joe, saliste de allí y te pusiste a correr de un lado a otro, luego regresaste a donde él, y finalmente llegaste hasta aquí, ¿y crees que no lo sé? ¡El Escritor lo sabe todo Tony! Pero entonces dime, ¿qué haces aquí? ¿Creíste que yo era tu amigo? ¡Pues, te equivocas! ¡No soy tu amigo, soy a quién le debes la maldita existencia!—dijo alterado, con la frente roja y se calmó de repente, como evitando perder la compostura, al instante, regresó su moderado hablar y el recato de sus ojos—. Yo no quiero hacerte daño, y nunca he querido forzar las cosas. Tú me dijiste que no sabías donde estaban ellos, y yo te creo—afirmó.

Tenía un revuelto de emociones, me era difícil procesar todo tan rápido, me sentía frágil, intimidado, con miedo, con rabia, no sabía qué hacer, así que impulsivamente me levanté de la silla.

—Vine a buscar a Aswimi—le confesé—. Yo sé que tú la tienes, Joe me lo dijo.

—¿Joe? ¡Pero si él es un completo mentiroso!— afirmó con firmeza—. Él se aprovechó de ti, te robó las ideas, y por eso le quité la novela.

—Y es lo mismo que estás haciendo tú ahora—le dije un poco decepcionado. Me miró asombrado y en silencio, tragó en seco, pareció tragarse las palabras.

De repente, se movió de su lugar y se acercó caminando lentamente hasta mí.

—Pero tú no tienes ningún derecho de escribir—sonrió, con una mirada atemorizante—, en cambio, yo sí.

Me estaba aniquilando con la mirada, y aunque hubiese confesado que no estaba dispuesto a hacerme daño, pensé que justo en ese momento me mataría pero con aquello que había dicho, me devolvió la jugada, me hizo tragar en seco.

—Escucha, tus amigos mataron a mi hija y gracias a *La Perdimos en La Ciudad*, la novela que le narraste al imbécil de Joe, sé lo que le hicieron, hay evidencias pero el cuerpo de mi hija no aparece, y tus amigos tampoco, esos malditos asesinos—dijo, con repudio—. Los estuve investigando a todos, los busqué por todas partes y no di con ellos. Por eso instalé cámaras en tu casa, porque sé que en cualquier momento ellos pueden llegar a ese lugar, eres un punto blanco Tony.

—¿Cuándo entraste a mi casa?

—Tienes la mente de una cabra y ni siquiera te diste cuenta que tu Aswimi estuvo toda la noche a tu lado—carcajeó—, estúpido. Repetiste los mismos actos que hace un año ¿cierto?, porque seguro pensaste que se había perdido de nuevo. ¡Mírate! ¡Haz salido a buscarla por todas partes sin mirar un puto calendario!—dijo señalando el calendario colgado en la pared, a su derecha—. ¡Es 2029, no 2028 Tony!

—¿Cuándo entraste a mi maldita casa?—le insistí furioso, ignorándolo por completo, no quería escucharlo, no quería darle importancia.

—¿Alguien me tuvo que ayudar, no? ¿Dime dónde se esconden tus amigos? ¿Mi hija sigue viva? ¿Está con ellos?—sonó muy desesperado. El Escritor se

cargaba de preguntas, las cuales me retumbaban en la cabeza—. ¿Quién me prueba que eso que tú afirmas en esa novela sobre el cuerpo de mi hija, es verdad? ¡Yo fui hasta allá pero no hay nada!

Detrás del escritorio, se levantó desde el piso una pantalla grande con un mensaje que decía: «Llamada entrante». El Escritor y yo nos quedamos atónitos ante eso, y a lo que él dijo «Responder», una mujer rubia, vestida de azul apareció en la pantalla diciendo con una melodiosa voz: «Buenas tardes Johnny, debo informarte que hemos atrapado a Joe de nuevo, y con escritos a bordo, todo indica que el día de hoy retomó la escritura. ¿Cómo procederemos?».

—Oh, no me respondas, que ya sabré—me indicó y se volteó de nuevo hacia la pantalla—. Muchas gracias Anastasia, hazme llegar los escritos a la oficina, y... a Joe, mátenlo.

—¡Que te jodas escritor!—dije retrocediendo, con el fin de abandonar el lugar.

28

FIN

— “Joe”

Título original: *La perdimos en la Ciudad.*

Autor: Joe Wesley García.

Primera edición, Septiembre de 2029.

Obra sin publicar.

TONY, PT. XIII

No supe cómo escapé sano y salvo de aquel lugar, porque ese edificio estaba repleto de gente. Me detuve cansado en la puerta con las manos apoyadas por encima de las rodillas flexionadas, descansando, justo debajo del aviso volumétrico de acero. Me encontraba pensando en lo que me había dicho ese hombre, en lo que había visto y en todo lo que me había pasado durante el día, me sentía terrible, triste y quizá desorientado.

Me levanté, y escuché una voz muy fuerte que dijo «¡Allí está, allí está, atrápenlo!», miré de nuevo al interior del edificio y se trataba del hombrecillo que me había recibido, era quien se encontraba señalándome para indicarle a los cinco hombres con los que venía, donde me encontraba. Así que empecé a correr huyendo de ellos.

Y mientras corría, sentía que mi corazón se había quedado en algún lugar de la ciudad, con ella. «¿Realmente siempre estuvo en casa?», me cuestionaba con

dolor, yo nunca había amado a alguien así, nunca me había enamorado de esa manera, ¿por qué me estaba pasando todo esto? ¿Qué era todo aquello de La Ciudad y los sistemas, o lo que sea? ¡Maldita ciudad la odiaba tanto!

Miré hacia atrás, para advertir si aún me perseguían, y sí, venían siguiéndome, así que aceleré el paso y al otro lado de la calle vi varios edificios derrumbarse, tuve miedo porque pensé que eran obra de ese escritor, pero me fijé en las personas que caminaban por los andenes, que no temían, ni siquiera se percataban de lo que estaba pasando, se me hizo extraño, pero de inmediato supe que se trataba de un movimiento, nunca en mi vida había presenciado uno, era realmente increíble. Lo observé varias veces, temeroso, miré hacia atrás de nuevo y ellos estaban cada vez más cerca de mí, de repente, tuve un estremecimiento en todo el cuerpo, el pulso se me aceleró al mil y creí que era una señal, un llamado, estaba dispuesto a cruzar la calle y adentrarme a uno de esos edificios. Lo hice y un fuerte viento me arrastró hasta lo profundo de la edificación, había personas al interior, tenían los ojos blancos, y luego perdí la vista, no pude ver más nada que una oscuridad, me aterrre aferrándome al piso.

Después de un rato, se detuvo el viento con un fuerte estruendo, y en la oscuridad apareció una “X” con distorsiones que decía en su interior «Los Fundadores», terminada la animación, me regresó la vista. Me levanté del lugar, vi todo muy organizado, muy limpio, las personas que se encontraban en el lugar, se empezaron a acomodar la ropa y luego actuaron como si nada hubiese sucedido. Cuando me dirigía a la puerta, temeroso, una voz robótica salió de la nada diciendo: «El proceso ha terminado con éxito, gracias ciudadanos». Continué abandonando el lugar, había aparecido en medio del maizal. Salí corriendo rápidamente hasta llegar a la calle principal que conectaba a mi casa, en el camino aún desconfiaba de las palabras de «El Escritor» sobre Aswimi.

No tardé mucho para estrellarme con el frente de mi casa, la luz de la sala estaba encendida. Me acerqué a la puerta, abrí, y al entrar vi que en el perchero aún se encontraba colgada la sombrilla de Aswimi, me quité el abrigo y lo colgué junto a ella.

La calefacción de la primera planta estaba encendida, había sido un día muy frío y eso me decía que alguien se encontraba en casa. Subí las escaleras y me dirigí hasta mi habitación, de la cual salía un aire frío con un zumbido desolador. La poca luz que quedaba del

día y que se filtraba por la ventana, me permitieron ver la figura de ella que se encontraba recostada en mi cama.

—¿Aswimi?—le llamé.

30

ELLA, PT. I

Estaba lista, creo que lo estaba. Era el momento perfecto para irme, ya no tenía nada que buscar en La Ciudad. Tony era una persona muy complicada, o tal vez yo solo llegué a su vida para complicársela un poco más. Puedo decir que, me enamoré profundamente de él, lo amaba, lo amo y aún lo extraño cada día de mi vida.

El caos en La Ciudad.

Nos pasaron cosas muy extrañas en aquel lugar. Por un tiempo, llegué a pensar que él estaba loco, pero tardé en darme cuenta que los errores en el sistema de La Ciudad, le estaban haciendo mucho daño, le estaban jodiendo la cabeza. A veces, se asustaba sin razón, se agitaba sin estar realizando alguna actividad física pero nunca le prestó atención.

Pasaron unos cuantos meses, y el problema empeoró nuestras vidas, se despertaba a correr por las noches, me empezaba a buscar en la casa cuando yo me encontraba a su lado. A veces admitía que extrañaba a Anoki, a Karen, a Matías, y a Charlie, menos a mí.

Ellos se fueron de la casa, creí que muy lejos quizá, lo hicieron el mismo día que les dije que habían matado a Oriana, y me puse nerviosa cuando noté que sus pertenencias las habían dejado abandonadas en sus respectivas habitaciones. Se marcharon huyendo de El Escritor, creyeron ser culpables de un asesinato que no cometieron.

Creía que la idea de abandonar a Tony, me iba a ser difícil, pero me fue mucho más fácil de lo que pensaba. Para ser honesta, él me volvía loca, pero yo no me atrevía a vivir todo eso con él, aún no me sentía preparada y cuando lo estuve, fue en el momento incorrecto, mi Tony ya no era el mismo. En los meses que estuve viviendo con él, fuimos muy felices pero ese tanto duró solo un instante, desde un principio intentamos olvidar toda la noche del maizal, mi supuesta desaparición y finalmente sacar a los chicos de nuestras vidas para poder continuar nuestro rumbo, era mejor pensar que ellos estaban bien donde quiera que estuviesen. Poco tiempo

después, algo hizo que Tony cambiara por completo, algo lo hacía permanecer casi siempre con la mirada perdida, los labios cuarteados, a veces se cambiaba y se volvía a colocar la misma ropa, y lo ayudé por supuesto, estuve allí con él todo el tiempo, me desesperaba no entender y me preocupaba saber qué le pasaba pero no había un lugar seguro al que acudir en esa ciudad, porque no habían hospitales. Hubo días en los que mejoró, en los que amanecía emocionado y era él otra vez porque si lo tocaba se sentía vivo, pero luego se volvía a marchar, se sentaba a mirar lejos y viajaba quien sabe a dónde.

La fiesta en casa de Eddy.

La noche de esa fiesta sucedieron cosas horripilantes. Mientras unos disfrutaban en la estancia de la extravagante fiesta, otros no la pasaban tan bien. Todos los asistentes vieron a Oriana ensangrentada y con una pistola en las manos apuntándole a Eddy directamente en la cabeza en medio de la pista, decía a gritos que quería matarlo pero no daba razones.

Muchos se alarmaron, detuvieron la música y Tony intervino arrebatándole el arma y llevándosela para otro lado. Los empecé a seguir, pero un imbécil se

me atravesó diciéndome que se habían llevado a Anoki drogada para el bosque, me preocupé tanto que con desespero no sabía para dónde ir, pero finalmente me decidí a buscarla a ella. Pregunté por todos lados sobre su paradero pero nadie me dio razón, así que decidí adentrarme al bosque con una linterna y a lo lejos, vi un pequeño resplandor que se acercaba a mí, al principio pensé que se trataría de Anoki, pero era Tony, estaba buscando la salida del bosque con una linterna, con la ropa sucia y la cara ensangrentada. Cuando me percaté de esto, fui corriendo hasta él, lo abracé porque pensé que estaba herido, le pregunté qué le había pasado en repetidas ocasiones durante todo el camino de regreso hacia la estancia, pero no me respondió nada.

Luego se dirigió caminando rápidamente hacia una de las habitaciones, y se recostó a la pared junto a la puerta, no podía entender que estaba sucediendo, cuando analicé el espacio noté que frente a una chimenea estaba una alfombra en un charco de sangre.

Realmente estaba atacada, entré en desespero, necesitaba saber qué era todo aquello y por qué no quería hablarme. «¿Qué mierda hiciste Tony?!» le pregunté repetidamente a gritos, y aunque suene bastante cruel, le pegué varias veces en la mejilla pero aun así, no

hubo respuesta alguna. Me reventé en llanto decepcionada, imaginaba todo lo peor, así que lo dirigí como pude hasta la tina del baño, le saqué lo mejor que pude la sangre del cuerpo y luego me marché, no quería verlo más. Me perdí de su vida aquella noche y quería hacerlo para siempre, pero no pude. Me enteré de un rumor a los pocos días que Oriana había desaparecido la noche de la fiesta y concluí que Tony tendría algo que ver en ello, sin pensar que podría estar cayendo en un grave error.

Días maravillosos.

Había algo que me inquietaba, mi amor por Maxi me hizo cometer un error, uno del que nunca me arrepentiría porque sabría que Tony sería capaz de entenderlo algún día, fue mi única opción para recuperarlo. Sí, afortunadamente recuperé a Maxi. Todo empezó una tarde que salí de casa para conseguirle unas medicinas a Tony, quien se encontraba sudando en fiebre, y en mi camino de retorno, me raptaron unos hombres colocándome una bolsa negra en la cabeza, y sin motivos, me

metieron en un automóvil, me sentaron y luego me quitaron la bolsa, me habían puesto frente a frente con El Escritor.

—Yo tengo a Maxi—dijo.

Y rompí en llanto inmediatamente, me alteré, lo insulté, y lo traté como la peor mierda del mundo, ya nos habíamos conocido antes, pero el tipo era inteligente, me había llevado hasta allí para algo en específico, tenía bajo la manga un plan macabro.

—¡Cállate y obedece en lo que te voy a pedir!— me gritó desesperado—, saca a Tony de esa casa mañana por la mañana, llévatelo a algún lado y no regreses hasta medio día.

—¿Qué mierdas quieres hacer?!—pregunté.

Pero lo último que me dijo antes de lanzarme del carro contra el pavimento fue: «¡Haz lo que te dije si aún quieres ver a tu hermano con vida!». No podía creer que eso estuviera pasando, lloré por todo el camino de regreso a casa con una terrible incertidumbre, no sabía si creerle pero al fondo de mi corazón podía sentir que Maxi estaba vivo, así que hice lo que me pidió. Fui con Tony a la Tienda 15, una que estaba muy cerca de casa, iba hablándole sobre cualquier cosa que se me ocurriera con el fin de demorarnos hasta el mediodía, habíamos

salido desde las 7:00 am. Fuimos a un parque, vimos a los niños jugar y Tony no pisaba tierra aún, parecía desinteresado del mundo y aunque no me decía nada, creo que se sentía un poco mejor, la fiebre se le había bajado con los medicamentos, pero lo único que me preocupaba era que el día estaba oscuro y quería llover, no quería que él se mojara.

Cuando me percaté que el reloj marcaba las 12:05 pm, regresamos a casa. Me fue difícil saber en un primer momento, qué pretendía encontrar, lograr o hacer El Escritor en la casa de Tony, y luego lo supe cuando me puse a rebuscar por todos lados, había instalado y ocultado unas diminutas cámaras en todas las esquinas, y me llené de terror.

Esa misma tarde, alguien tocó a la puerta, y era mi pequeñín. El Escritor había cumplido su promesa de entregarme a mi hermanito vivo, pero yo había traicionado a alguien, le estaba poniendo la soga en el cuello a Tony, y digo esto, porque solo bastó una noche para convertirme en su cómplice.

Cuando Max llegó a casa, a Tony le brillaron los ojos, tuvo un cambio notable y me emocionó, incluso lloré tantas veces de verlo sonreír de nuevo. Por otro

lado, Maxi era como un rayo de luz en medio de la oscuridad, él hizo que todo mi dolor se disipara y por primera vez en mi vida me sentía completa, porque tenía a mi lado a los dos hombres que más amaba. Nunca imaginé que se la llevarían tan bien, tuvieron una conexión desde el primer instante en el que se vieron. Tony se recuperó muy rápido, a los pocos días se empezó a ver radiante y fue cuando sospeché de Max, ese niño había traído algo extraño, un «algo» lleno de misterio que guardaba con mucha profundidad pero era bueno, era un «algo» hermoso.

Llegaron días maravillosos, los tres jugábamos como locos por toda la casa y nos acompañaba *Two Fingers* de *Jake Bugg*, mi hermanito amaba tanto esa canción que nos hacía repetirla una y otra vez, porque yo se la enseñé cuando vivíamos con mamá, para mí era increíble saber que esa canción había permanecido allí por tanto tiempo, la cual nos hacía vibrar el corazón a los tres de una misma manera.

El regreso.

Volví a la vida de Tony una madrugada, horrorizada. Luego de aquella fiesta, me había ido a vivir a una

casa de madera que quedaba casi a las afueras de la ciudad, le pertenecía a una amiga llamada Jey, era bastante mayor que yo, tenía unos 27 años. Nunca se la llevaron a un internado, eso era lo que yo decía para no tener que pasar por la triste situación de explicar que estaba enferma de cáncer, ella me deslumbró la vida cuando se fue, porque simplemente sucedió en el día que menos pensé. A veces, iba hasta su casa para cuidar de sus plantas, porque sus cenizas estaban en cada una de ellas, y por eso la noche que escapé de la fiesta, decidí hospedarme allá, así aprovechaba y cuidaba de ella por un largo tiempo, pero a los dos meses, se entraron a la casa, fue la primera vez que El Escritor me raptó, esa primera vez que lo conocí.

Esa mañana, me llevaron hasta un laboratorio gigantesco, era blanco, todo blanco y el piso contrastaba de manera increíble, porque era negro. Él no me dijo nada, solo sonrió cuando me escuchó gritando desesperada mientras me llevaban hacia un gigantesco tanque que contenía un extraño líquido negro, me inyectaron varias cosas en el cuerpo y finalmente me sumergieron al tanque con los brazos y los ojos vendados. Solo puedo recordar cuando me introdujeron.

Cuando desperté, se había hecho de noche, hacía mucho frío, me acompañaba la poca luz de la luna que se filtraba entre las nubes, con eso pude ver que me habían dejado tirada en el bosque, tenía el cuerpo adolorido. Me levanté como pude, empecé a caminar, no podía sentir casi los pies, pero a medida que iba avanzando mis dolores disminuían considerablemente. Como pude me arranqué las vendas de los brazos, seguí caminando y el bosque me pareció eterno, los búhos empezaron a cantar y distintas aves revoloteaban entre las ramas, quería salir de allí lo más pronto, así que empecé a caer pero me enredé con las raíces de un árbol y me caí al suelo golpeándome los codos cerca de un pantano, y a mi lado, estaba el cuerpo de Oriana repleto de gusanos.

Me alejé horrorizada, «¡qué asco!» me dije. Me levanté rápidamente y fue cuando vi el otro cuerpo, di muchas vueltas pensando qué hacer, no podía ir a donde El Escritor con todo lo que ya me habían hecho, estaba atemorizada así que empecé a correr como loca hasta llegar a la casa de Tony. Cuando llegué, estaba muy alterada, quería agarrarlo a puños y terminé peleándome con Karen.

Con el fin de proteger a Tony, los inculpé a todos, les dije que esa noche habían matado a Oriana y que no

podrían recordarlo porque estaban muy drogados, Karen se burló de mí. Estoy segura que lo seguirá haciendo donde quiera que esté.

Estaba enojada con Tony, no quería ni siquiera verlo pero aun así lo estaba protegiendo, sabía que algo mal andaba en él, yo solo quería que ellos lo ayudaran a deshacerse de los cuerpos. Cuando logré hacer que me acompañaran hasta el bosque, vieron la escena y no podían creer que Oriana estuviera muerta, pero el cuerpo de la otra chica no lo reconocían, ni siquiera Tony, pero ésta, tenía algo en su cuerpo que me atrajo por completo, lo pude ver incluso por encima de su *bluejean*, así que me agaché, levanté la bota del pantalón y allí tenía tatuada una equis, la reparé en silencio, miré la marca fijamente, casi hipnotizada, me sentí atraída y cuando intenté tocarla tuve miedo, la seguí observando por un rato más hasta que, la toqué en un solo aliento.

Pude ver cómo su cuerpo pareció encenderse cómo una pantalla de televisión, no podía distinguir su rostro y ninguna parte de su cuerpo, solo se veía su silueta, al principio vi solo ruido, y después quiso mostrarme algo, había perdido la noción del tiempo, fueron solo unos cuantos segundos pero se sintieron como una

eternidad, el calor de su piel me estremeció por completo que me hizo sobresaltar del lugar en un grito, no sentí miedo, solo quise irme, ese día me sentí como la peor persona del mundo.

Tony.

Me disculpo, pero tengo que repetirlo: estaba lista, creo que estaba lista, yo sentía en mi pecho que justo esa tarde me había decidido a por fin sacarlo de mi vida, y me sentí terrible, no era justo abandonarlo de esa manera, Tony había empezado a empeorar de nuevo, y yo no podía quedarme toda una vida verlo sufrir sin saber por qué. Si yo también me iba a joder de la misma forma por culpa de lo que fuera que tuviera La Ciudad, quería hacerlo lejos de él y no verlo morir poco a poco. Ya ha pasado un año desde que se celebró aquella fiesta y no se sabe nada de los chicos, ni siquiera de Eddy, ni del cuerpo de Oriana, ni de nada, solo hemos sido Tony y yo en esta casa, y mi pequeño Maxi, por supuesto.

Recién había terminado de preparar una maleta junto a Maxi, ese chiquitín se quedó rotundamente dormido, se había cansado de brincar y bailar encima de la cama mientras yo empacaba. Caminé hasta el cuarto de

Tony, sabía que estaba por fuera, quizá desvariado buscando o extrañando a los chicos, no a mí, en realidad ya no esperaba nada de él. Me encontraba preocupada, pero en el fondo sabía que él volvería pronto. Me recosté en su cama observando hacia la ventana, por donde entraba un aire fresco, con un zumbido desolador, tuve algo de frío y me arropé con su sábana.

Cerré mis ojos, quería imaginar que él estaría a mi lado al menos una última vez, quería despedirme en verdad, tanto lo pensaba que por un momento me pareció escuchar su voz en la habitación, lo escuché llamarme y pensé que estaba loca, enredada entre sus sábanas me di la vuelta y con los ojos entrecerrados pude verlo de nuevo, él estaba allí, parado en la puerta, me miró triste a los ojos y en un tono de voz muy dulce me dijo «Te busqué en La Ciudad».

